

Cuentos de jóvenes para jóvenes

Cuentos ganadores del 11° Concurso
Infantil y Juvenil de Cuento





CONSEJO GENERAL DEL INSTITUTO ELECTORAL DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Consejero presidente: Mario Velázquez Miranda

Consejeras y consejeros electorales: Myriam Alarcón Reyes
Carolina del Ángel Cruz
Yuri Gabriel Beltrán Miranda
Mauricio Huesca Rodríguez
Bernardo Valle Monroy
Gabriela Williams Salazar

Secretario ejecutivo: Rubén Geraldo Venegas

Representantes de los partidos políticos ante el Consejo General

Partido Acción Nacional: Diego Orlando Garrido López, propietario
Alberto Efraín García Corona, suplente

Partido Revolucionario Institucional: René Muñoz Vázquez, propietario
Victor Manuel Camarena Meixueiro, suplente

Partido de la Revolución Democrática: Roberto López Suárez, propietario
José Antonio Alemán García, suplente

Partido del Trabajo: Ernesto Villarreal Cantú, propietario
Benjamín Jiménez Melo, suplente

Partido Verde Ecologista de México: Zuly Feria Valencia, propietaria
César Fabricio George Chávez, suplente

Movimiento Ciudadano: Armando de Jesús Levy Aguirre, propietario
Hugo Mauricio Calderón Arriaga, suplente

Nueva Alianza: Lorena Morales Sandoval, propietaria
Ramón Alfredo Sánchez Zepeda, suplente

Morena: José Agustín Ortiz Pinchetti, propietario
Juan Romero Tenorio, suplente

Partido Humanista: Lucerito del Pilar Márquez Franco, propietaria
René Cervera Galán, suplente

Encuentro Social: Inocencio Juvencio Hernández Hernández, propietario
Guadalupe Campos Jordán, suplente

Diputadas y diputados invitados permanentes de los grupos parlamentarios de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal

Partido Acción Nacional: José Manuel Delgadillo Moreno
Luis Alberto Mendoza Acevedo

Partido Revolucionario Institucional: Jany Robles Ortiz

Partido de la Revolución Democrática: Mauricio Alonso Toledo Gutiérrez
José Manuel Ballesteros López

Coalición Parlamentaria de los partidos del Trabajo, Nueva Alianza y Humanista: Juan Gabriel Corchado Acevedo
Luciano Jimeno Huanosta

Partido Verde Ecologista de México: Antonio Xavier López Adame
Eva Eloisa Lescas Hernández

Movimiento Ciudadano: Jesús Armando López Velarde Campa

Morena: Felipe Félix de la Cruz Ménez
Juan Jesús Briones Monzón

Encuentro Social: Abril Yannette Trujillo Vázquez

Cuentos de jóvenes para jóvenes

Cuentos ganadores del 11º Concurso
Infantil y Juvenil de Cuento

DIRECCIÓN EJECUTIVA DE EDUCACIÓN CÍVICA Y CONSTRUCCIÓN DE CIUDADANÍA

Gustavo Uribe Robles, director ejecutivo

Autores

Andrea Peña Martínez • José Macario Islas Aguayo • Mauro Jesús Aarón Bautista Campos • Luis Alejandro Salas • Jesús Eduardo Bernal Loeza • José Rodrigo Varela Yescas

Jurado calificador

Roxanna Erdman, Gabriela Damián Miravete y Karla Vega, coordinadoras, con el apoyo de La Escuela de Escritores

Edición

Coordinación: María Ortega Robles, coordinadora editorial

Supervisión: José Luis García Torres Pineda, jefe del Departamento de Diseño y Edición

Diseño y formación: Kythzia Cañas Villamar, analista diseñadora

Corrección de estilo: Susana Garaiz Flores, analista correctora de estilo

Ilustración: Tania Dinorah Recio Hernández

Primera edición, noviembre de 2017

ISBN: 978-607-8396-87-0

D.R. © Instituto Electoral de la Ciudad de México

Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan,
14386, Ciudad de México

www.iecm.mx

Impreso y hecho en México.

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores y la autora.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

ISBN para versión electrónica: 978-607-8605-00-2

Índice

Segunda categoría (De 12 a 14 años)

Un futuro incierto

Andrea Peña Martínez7

Los dueños del balón

José Macario Islas Aguayo.....27

El nacimiento de una nueva raza

Mauro Jesús Aarón Bautista Campos33

Tercera categoría (De 15 a 17 años)

Un día normal

Luis Alejandro Salas.....41

Tláloc

Jesús Eduardo Bernal Loeza55

En la lluvia

José Rodrigo Varela Yescas77




Segunda categoría
Primer lugar

Un futuro incierto

Andrea Peña Martínez








Estar aquí en el centro de la Ciudad de México escribiendo estas líneas me hace ver lo hermosa que es esta ciudad. He leído mucho sobre esta época en libros, también he visto películas donde se describe, y a pesar de que son bastante apesgadas a la realidad no acaban de describir la belleza que encierra en sus rincones, y si a esto le sumamos que conozco su final, definitivamente prefiero verla así.

Hoy día 3 de julio del 2017 quiero cambiar mi presente. Quizá me tomen por loco, puesto que soy un niño de apenas 12 años, pero me gustaría que leyeran a profundidad estas breves hojas e intentaran comprender lo que aquí escribo; no sólo comprenderlo, sino también abrir la mente a lo desconocido, a lo increíble y tal vez a su salvación; quizá no la suya, pero, si no son egoístas, con muy poco podrían salvar a sus futuras generaciones.

Llevo ya en este año tres meses, sé que suena súper extraño, pero pronto entenderán, no desesperen. Como lo mencioné con anterioridad, llevo tres meses en este año, y he intentado de todo para que la gente entre en razón y lograr un cambio; sé que si logro hacer que la gente de una ciudad cambie la forma de pensar y reconozca que realmente tiene un problema, otras ciudades se unirán a la causa y lentamente podremos cambiar el futuro del planeta Tierra. Sin embargo, cada persona a la que cuento mi relato se ríe de




mí y me dice que cuento con una imaginación del tamaño del mundo; incluso me han intentado meter a un centro de ayuda para jóvenes pues piensan que me drogo o sufro esquizofrenia, por lo cual decidí sólo escribir, pues corro peligro ante personas con la mente cerrada.

Para comenzar me presentaré: mi nombre es Niltón. Quizá no suene familiar puesto que no soy su contemporáneo, nací en el año 2100. De donde vengo existe mucha tecnología, es totalmente superior a la suya, sin embargo sufrimos mucho, no hay comida, agua ni trabajo para conseguirlos, sólo personas con mucho dinero gozan de estos privilegios. Admito que muero de envidia al ver todos los alimentos que existen, y a la vez me siento asombrado de ver cómo el aire no es tóxico.

Bueno, si no contemplamos los 100 años de diferencia debo decir que mi historia comenzó hace aproximadamente seis meses. Mi casa se encuentra en los alrededores de la Ciudad de México, puesto que el centro de la ciudad no es habitable, la contaminación en la ciudad subió a tal grado que tuvo que ser evacuada aproximadamente en el año 2110; la gente se volvió loca, pues si de por sí era complicado tratar de vivir, al ser evacuados quedaron con mayores dificultades, sin casa, trabajo o algo para poder subsistir; muchos vagaron sin rumbo, y según sabemos murieron en el intento de salir adelante.

La Ciudad de México no ha sido la única en sufrir cosas por el estilo, podría darles muchos ejemplos. Sin embargo me concentraré en México, y pueden tomarla de ejemplo para otras grandes ciudades. En mi siglo la tecnología al-




canzó su máximo esplendor pues la inteligencia artificial se hizo una realidad, y las tareas físicas de la humanidad disminuyeron, sin embargo la prioridad de nuestra especie siempre ha sido obtener más dinero, y esto nos dio como resultado olvidar que la naturaleza nos cuidaba y debíamos cuidarla para estar más tiempo en la Tierra.

Pero las cosas no pasan siempre como las queremos, o mejor dicho nunca queremos lo que realmente deberíamos querer; nuestras ambiciones como especie siempre están impregnadas de egoísmo, ya sea económico o incluso la simple ambición de querer ser mejor que los demás. Quizá no sea tan malo el querer ser una mejor persona, siempre y cuando no perdamos la humanidad en el intento.

Vivir en mi época era realmente difícil, si lo vemos claro desde mi perspectiva. Pero primero les contaré cómo vive la pequeña clase alta. Ellos tienen acceso a toda la tecnología disponible, pues sólo se consigue con dinero, no existe otra manera de obtenerla; han logrado crear ciudades perfectas, donde la población es mínima y tienen todos los servicios necesarios, no tienen que caminar ni cocinar, la vida es sencilla, más de lo que es en esta época para ellos, su superioridad es mucho más visible.

Por lo cual existen miles de rebeliones a lo largo del planeta. Sin embargo su poder tecnológico es enorme, no podemos enfrentarlo y tampoco conseguir uno igual. En conclusión, no les interesa lo que pase con las clases pobres, y no hay manera de derrocar el poder que tienen, pues no sólo controlan la tecnología, sino también la poca comida y el agua; estar en su contra es quedarse sin lo vital para vivir.


The background of the page is a textured, light blue-grey color. On the left side, there is a vertical window with a wooden frame and a grid of panes. On the right side, there is a stylized, dark green silhouette of a person wearing a yellow visor and a dark mask. The overall style is artistic and somewhat abstract.

Midas es un gran amigo mío, no sólo un amigo sino un maestro; él está involucrado en todas estas rebeliones que intentan conseguir comida para los pobres, y con él he aprendido mucho. Y una de las cosas que más he aprendido es cómo llegamos a ese punto en el que no tenemos educación, comida, agua o aire puro que respirar. Creía antes con fervor que todo era culpa de los ricos y del gobierno, creí también que Dios había castigado a cierta parte de la humanidad por no creer en él y cosas así; pero no: descubrí que la humanidad en general tuvo la culpa, y que ya no hay solución, la gente rica busca con desesperación cómo vivir en otro planeta, pues creen que pronto llegará el fin de la Tierra.

La gente ahora esta totalmente asustada y quieren recomponer todo lo malo que se hizo, pero es imposible, no hay manera de arreglar cientos y cientos de años de destrucción a la naturaleza. Incluso en este año 2017 las cosas son complicadas, pero creo que puedo ayudar un poco a realizar algún cambio y, si no, al menos habré intentado y los esfuerzos de Midas no serán en vano.

Midas

Corría el día 17 de mayo del año 2112, Midas se había infiltrado en un grupo de científicos que trabajaba para el gobierno. En este laboratorio se inventaban aparatos para tratar de limpiar el aire o el agua de formas más rápidas y económicas; sin embargo Midas escuchó por casualidad sobre la gran máquina. Era algo sumamente extraño y debido a su gran sentido aventurero decidió averiguar; es-



cuchó a varias personas hablar sobre el Proyecto X. Este proyecto consistía en utilizar una máquina del tiempo, la cual llevaría a toda persona que pudiera pagar, claro, a un futuro en el cual la Tierra ya se hubiera recuperado de la contaminación generada por siglos de la existencia del hombre en el mundo, y quien no pudiera pagar simplemente moriría debido a la poca posibilidad que existía de subsistir en este mundo. Era un negocio muy bueno, decían todos, pues generaría mucho dinero y un mundo sólo para las personas que valían.

Midas quedó furioso, y propuso ante el asombro de todos que mejor regresaran años atrás e intentaran convencer a la gente del daño que causaban al contaminar al mundo, y que les enseñaran el final, para hacerlos tener conciencia. Sin embargo fue callado por un científico, el cual afirmaba que esto era una estupidez, pues los seres humanos no entendemos, somos sólo animales compitiendo para ser mejores y jamás creemos que tenemos culpa de nuestros actos.

Midas se fue ese día con un plan entre las manos: robaría la máquina y la usaría para evitar que la tecnología fuera más importante para el ser humano que la propia naturaleza.

Los meses pasaron y la primera parte de su plan se llevó a cabo. Una noche, exactamente un mes después de que se infiltrara en el laboratorio, robó el aparato que permitía viajar en el tiempo. Un minuto después de que saliera del edificio las alarmas sonaron y toda la policía, incluso robots, se pusieron en su búsqueda.

Yo conocía a Midas ya hacía algunos años; todos en el lugar donde vivo sabíamos que estaba siempre

en problemas por su determinación de querer cambiar la situación de vida de todos los que le importaban. Poco antes de que se infiltrara hablamos y me comentó que por fin haría algo que cambiaría las cosas. Y después no lo volví a ver, hasta la noche en que robara el aparato para viajar en el tiempo.

Yo caminaba buscando algo de agua o comida y él apareció corriendo justo delante de mí. No lo podía creer, él estaba realmente asustado y me pidió que lo escondiera; lo llevé a un viejo alcantarillado que conocía y ahí él me platicó todo a detalle.


Quedé realmente asombrado, no podía creer que él solo hiciera todo eso. Sin embargo había un problema, no sabía manejar la máquina, y así pasaron algunos días. Yo le llevaba las pocas cosas que podía para que no muriera de hambre, y mientras tanto la policía rastreaba la ciudad noche y día en su búsqueda; si lo encontraban, sin duda no tendrían piedad.

El gran viaje

Una noche mientras él movía los botones de aquella pequeña pero peculiar máquina leyó el nombre Eustaquio en la parte trasera y comprendió que, si alguien sabía cómo manipularla, ése sería un viejo que vivía muy cerca del centro de la Ciudad de México, en un laboratorio donde casi no se podía ver nada por tanta suciedad en el aire. Entonces, aprovechando la noche, decidimos ponernos en marcha hacia esa zona.

Por cierto, en la actualidad esta zona se considera bonita, es Polanco, pero en mi época sólo son cerros de basura, ratas y putrefacción.






Llegamos a un laboratorio viejo y abandonado, no sabíamos si realmente alguien vivía ahí, y realmente esperábamos que sí, puesto que en el camino tuvimos que correr grandes peligros, sobre todo en el basurero; ahí la gente te mataría por un trozo de pan.

Tratamos de entrar y al final del pasillo encontramos las puertas bloqueadas; justo hasta ese momento supimos que alguien estaba viviendo ahí y realmente nos alegramos, pero nadie salía. Entonces Midas decidió gritar: “Eustaquio, sal, necesito saber cómo usar la máquina del tiempo para salvar a la humanidad”. Nadie contestó, decidimos irnos y, justo cuando girábamos en dirección a las coladeras de nuevo, un viejo de aire melancólico se asomó.

Nos saludó y preguntó toda la historia, desde cómo conseguimos la máquina hasta cómo pensábamos usarla. Midas comenzó a relatar desde su infiltración hasta su persecución; admito que fue sumamente interesante escuchar de su boca hasta nuestra aventura por los cerros de basura que rodeaban su hogar.

Eustaquio era un hombre sumamente analítico, así que no perdió detalle de toda la historia; debió pasar una hora hasta que él emitió palabra y dijo: “Los ayudaré”. Y comenzó a relatar su juventud; no entendíamos muy bien por qué lo hacía, sin embargo escuchamos atentos cada palabra.

Nos dimos cuenta de que la máquina era suya, que ese negocio o solución falsa que el gobierno quería plantear no salió de sus cabezas, sino de la de Eustaquio, a quien robaron la máquina ya que él no estuvo de acuerdo con la utilidad que el gobierno quería darle.

The background of the page is a blue-toned illustration. On the right side, there is a large, stylized figure that appears to be a person or a machine, rendered in a sketchy, textured style. The figure is partially cut off by the edge of the page. In the lower right corner, there are several rectangular shapes representing buildings or structures, also in a sketchy style. The overall color palette is various shades of blue and teal, with some darker, almost black, outlines for the figure and buildings.


Nos sentimos fuera de peligro todo ese tiempo, pues ahora sabríamos usarla y le daríamos una buena utilidad. Por primera vez me sentí parte del plan, de un equipo que tenía la misión de salvar su presente, de salvar a la Ciudad de México de ese caos de basura y enfermedad, y no sólo a México, sino también al mundo, pues cada día era mas evidente el fin.

Con un proyecto en mente y con todo aclarado, Eustaquio dijo que nos enseñaría a usar la máquina y no se metería más, puesto que el gobierno solía visitarlo inesperadamente para evitar que él dañara sus planes, y no quería más problemas de los que ya tenía.

Entendimos perfectamente y decidimos hacer todo bien y rápido. Él nos explicó que al viajar la máquina iría con nosotros, y no existe otra manera de regresar si perdemos o dañamos la máquina.

Para poder usar la máquina tenía que estar expuesta a los rayos del sol, y debido a la hora y las nubes de gases tóxicos que cubrían el cielo teníamos que alejarnos mucho de la ciudad para hacerlo. Midas no soportó la ansiedad, así que salimos en ese mismo instante.

Caminamos casi todo lo que quedó de la noche, conseguimos algo parecido a unas bicicletas con unos amigos del doctor Eustaquio, con lo cual fuimos muchísimo más rápido, anduvimos casi 14 horas en total hasta ver el primer rayo de sol y, casi al llegar, un carro repleto de robots nos alcanzó. Sabíamos que debíamos actuar rápido, pues mientras tuviéramos al aparto en nuestro poder no nos harían daño; sabíamos que no podían arriesgarse a dañarlo. Nos detuvimos de gol-



pe; Eustaquio sacó el aparato, lo prendió y por primera vez emitió un ruido y la pantalla negra adquirió color, y puso números. Nos enseñó cómo mover los números y nos dijo que sólo teníamos que poner una fecha y la máquina nos llevaría sólo a quienes la tocáramos.

Los robots fueron directo a Eustaquio, que tenía el aparato en su poder, quien logró aventarlo hacia Midas. Midas corrió como jamás lo había hecho, tomó mi mano, puso un número a sabiendas de que si salía de ahí después podría salvar a Eustaquio y, justo en el momento en que la utilizaría, un rayo fulminó su corazón.


Sólo un segundo más necesitó para cumplir lo que más anhelaba en la vida, un anhelo que no era para ser mejor que otros, algo que sólo buscaba mejorar la vida de millones de personas.

Fue el instante más largo de mi vida. Y en medio de un grito ahogado que surgió de mi pecho apreté el botón, el botón que Midas jamás pudo apretar.

Todo se volvió confuso de repente, todo se volvió negro y a la vez había miles de colores. Es algo que jamás sabré explicar, me sentí sumamente mareado, mi cuerpo daba vueltas en la nada y a la vez permanecía estático y, como si todo acabara de un golpe en el mismo instante en que inició, yo estaba parado en un lugar extraño.

La gente pasaba y me veía extrañada, tenía un aparato extraño en mis manos, y la gente sólo lo veía con extrañeza. Cuando volví en mí mismo decidí moverme, hacer algo, pues la misma rigidez de mi cuerpo me molestaba.

No podía dejar de llorar; sabía que él estaba muerto y no sabía qué hacer ahora. Corrí con la



gente y le conté lo que había pasado; nadie me hizo caso, incluso intentaron llevarme con mis padres o a un centro para jóvenes. “Nadie me cree”. Pensé asombrado que Midas murió por nada, que si él estuviera aquí ahora también sería ignorado.

Estuve durmiendo en la calle todos estos días; para mí no es difícil, he vivido en condiciones mucho peores, aquí al menos la gente te regala algo para comer de vez en cuando, no todos mueren de hambre, realmente estoy asombrado de lo generosa que ha sido la gente conmigo. Pensé que contar mi historia no era una buena idea, pues la gente se espanta y no logro nada, así que comencé a hablar con algunas personas sobre sus problemas y así he intentado cambiar su forma de pensar, pero es difícil, todos creen tener la razón.

Todos creen que la culpa de la mala situación que viven es de sus políticos, pero no se dan cuenta de que si ellos no hacen nada, la situación no mejorará; sólo se limitan a poner un nombre al culpable y seguir haciendo las cosas mal. Nadie cree que esté mal tirar basura, pues si todos lo hacen ellos también pueden hacerlo. No sabía qué hacer, desesperé y decidí volver al año 2112.

Una vez que llegué, exactamente 10 minutos antes de que pasara la tragedia, volví a ver a Midas y lo abracé. Ellos no podían creer lo que veían, pues había dos como yo, todo era muy extraño. Eustaquio comprendía lo que había pasado y pidió calma.

Yo conté lo que pasaría al frente, y que mi estancia en el año 2017 había sido mala y nada productiva. Eustaquio dijo que si realmente queríamos hacer algo debíamos evitar a los robots



y cuando llegáramos al año 2017 de nuevo teníamos que mostrar la máquina en algún lugar famoso donde mucha gente pudiera verlo y así, sólo así, podríamos hacer conciencia en las personas. Me pareció una idea fabulosa, así que fuimos por otro lado para elaborar mejor el plan.


Me dijo que estaba formando un daño en el tiempo al presentarme en una situación en la que hubiera dos como yo, así que deberíamos tocarnos. Al tocarnos, mágicamente y con una especie de dolor agudo, nos hicimos uno mismo. Eso fue tan raro, sin embargo después de viajar en el tiempo ya no mucho te sorprende.

Fuimos por otro sendero a sabiendas de que los robots nos seguían, tratamos de buscar con velocidad algo de sol, pero las nubes grises lo tapaban todo. Íbamos lo más rápido que podíamos y sin embargo no conseguíamos ni un rayo de sol.

Y la historia empezó a repetirse, los robots nos seguían muy a lo lejos pero lo sabíamos, las ruedas de aquel infernal carro se escuchaban a cientos de metros. No sabíamos cómo, pero ellos sabían hacia dónde nos dirigíamos. Quizá sea porque la máquina necesita sol para funcionar y eso no se consigue fácil en nuestra época. Mis piernas no daban más, empecé a rezagarme y Midas se retrasó por mí y me dijo que siguiera con ellos, que una vez que encontráramos luz del sol, yo me escondería, ellos los distraerían y yo viajaría, que era mi destino y debía cumplirlo.

Seguimos como locos ya sin esperanzas, esta vez fue mucho más difícil encontrar sol. Y de repente vimos un resplandor inconfundible, el sol brillaba ya muy cerca y, justo metros antes de al-





canzarlo, un resplandor detrás nuestro nos hizo volar hacia muchos lados: los robots estaban detrás y nos dispararon; no nos mataron, pero sí estábamos heridos.

Yo corrí lo más que pude con la máquina en mis manos; me logré esconder en una montaña de basura muy cerca del sol, no me vieron, los robots atraparon a Midas y a Eustaquio.

Yo estaba en total silencio viendo cómo los torturaban para que dijeran en dónde habían escondido la máquina. Yo sabía que si intentaba ir al sol me alcanzarían, así que me quedé escondido sin intentar nada; ni siquiera llorar podía, esos robots me escucharían y todo acabaría.

Guardé totalmente la calma, respiré hondo y vi cómo acabaron con la vida de Midas. Una vez más esa tragedia pasaba ante mis ojos. Los robots estuvieron analizando un poco la zona; casi muero del susto cuando pasaron cerca de mí, pero no me vieron. Ellos se fueron llevándose a Eustaquio, pues era quien había inventado la máquina y definitivamente lo necesitaban vivo.

Cuando todo terminó no había sol, estaba a punto de anochecer y me sentía solo y vulnerable, pues no podía hacer nada con la máquina mientras no contara con algo de sol.

Me refugié en una especie de cueva hecha de basura y, sentado en una esquina sin aliento, comencé a recordar las dos veces que vi morir a Midas y decidí que no echaría todo a perder y haría que las cosas cambiaran. Después de mucho llorar y pensar empecé a recordar los pocos días que viví en el año 2017 y a la vez recordé todos los malos comentarios que los mexicanos hacían.

Admito que me dio rabia saber cómo tenían tantas cosas y no eran capaces de cuidarlas.

Pues mientras ustedes tiran una manzana un poco manchada yo la desearía ahora, y pienso que si sólo hablo con ustedes jamás comprenderán la importancia de su mundo. Se creen con una razón absoluta sobre sus actos, sólo por no darle la razón a alguien más. Quizá no entiendo esa actitud porque, desde que nací, nací sabiendo que todo acabará pronto y no hay verdades ni razones que importen.

Después de pensar esto simplemente dormí, no sé a qué hora desperté ni lo que soñé, aún estaba confundido entre lo que realmente pasó y lo que soñé, sólo sé que desperté con una misión en mi cabeza; la muerte de Midas no sería en vano.

Salí con mucho sigilo de mi escondite, no lograba ver aquel rayo de sol que se asomaba después de la montaña de basura, quizá por la hora o quizá ese día las nubes estaban más negras que de costumbre, realmente no lo sé; yo simplemente decidí caminar; cuidaba todos los lados, todo el tiempo tenía miedo de que los robots o alguien más lograra sacarle información a Eustaquio y volvieran por mí.

No caminé mucho hasta darme cuenta de que me sería sumamente difícil encontrar los rayos de sol, el día era un poco claro, pero al parecer el espesor de contaminantes en el aire no dejaba pasar sus rayos, pues a pesar de la claridad, la máquina no encendía.

Me cansé mucho, tenía algunos días sin comer ni beber nada, así que me senté sólo un momento y, mientras me ponía cómodo, un sonido llamó mi atención. Sonaba como agua, así que me levanté y



fui a investigar. Efectivamente había agua corriendo por el suelo, quizá de alguna tubería de las que llevan agua a la zona donde la gente aún la tiene. Aproveché y tomé mucha agua y, mientras estaba agachado tratando de tomar la menor cantidad de tierra, recordé todas las fugas que vi en la Ciudad de México en el año 2017, a las cuales la gente no hacía caso. De verdad envidio la vida que tienen.

El último intento


Caminé casi dos horas sin saber qué hacer; pensé locamente en volver a usar la máquina, regresar al momento en que nos encontraron los robots y cambiar algo, pero no sabía qué. Me llené de temor de pensar que mi amigo podría volver a morir frente a mis ojos y retrocedí en esa peligrosa idea.

Mientras me peleaba con mis ideas escuché acercarse a un carro. Esta vez eran soldados que merodeaban por ahí; no me seguían, pero en definitiva algo buscaban, así que decidí esconderme mientras ellos paseaban por los alrededores.

Sabía que no podría esconderme toda la vida, pues sin comida ni agua moriría, y no estaba seguro de que me buscaran a mí, pero era imposible que el aparato pasara desapercibido, así que lo dejé escondido y me acerqué sólo un poco a averiguar qué pasaba. Ellos se bajaron del vehículo y se sentaron a descansar y comer un poco; sólo comían galletas, que es lo usual; la gente dice que se hacen de basura, saborizantes y miles de químicos, pero a pesar de eso son caras y un lujo en esta época.

Me acerqué lentamente, arrastrándome sin hacer ninguna clase de ruido, y escuché de lo que






hablaban. Hablaban de los dos fugitivos que encontraron ayer por esa zona; ellos se reían de Midadas, el que murió por unas ideas tontas, y de Eustaquio, el viejo que prefirió matarse. Quedé impactado.

Quise gritarles y golpearlos, pero no, no lo arruinaría. Debía seguir buscando sol, así que me alejé lentamente y, antes de alejarme totalmente, escuché cómo decían que las órdenes eran seguir buscando por toda esa zona la máquina pues estaban seguros de que la encontrarían por ahí.

Cuando me puse de pie y caminé hacia el escondite de la máquina me gritaron; dijeron que levantara las manos y dijera qué hacía tan cerca de ellos. Levanté las manos y dije que sólo buscaba un poco de comida; ellos se acercaron, me observaron y aventaron unas galletas al suelo para divertirse mientras las comía del piso; la amabilidad es algo que desconocía antes de viajar por el tiempo. Sólo esto hay en este año, ésta es mi realidad, así que me agaché y comí del suelo; ellos reían y poco a poco se alejaron de mí, aventando más galletas al piso.

Cuando acabé me levanté y fui hacia la máquina; a lo lejos vi el sol, así que corrí para apresurarme, agarré la máquina y comencé a correr hacia esos rayos de sol; tenía que darme prisa y no llamar la atención. Cuando por fin me sentí triunfante los mismos soldados que me tiraron galletas al suelo aparecieron; al principio no hubo problema, pero uno de ellos alcanzó a ver ese aparato extraño que yo cargaba, así que lo comentó con el principal.

Todos al grito del jefe corrieron hacia mí, unos disparaban sus armas; corrí lo más rápido que



pude para alcanzar el sol. Mientras corría podía sentir mi corazón salirse por mi boca, mis pies no tocaban el piso y las balas zumbaban en mis oídos.

Quizá corrí 15 segundos, pero sentí que fue toda una vida, mientras las balas acariciaban mi ropa, caí, la máquina del tiempo cayó lejos de mí, justo en el sol. Pude ver cómo su pantalla se encendía, me levanté y simplemente me aventé hacia ella. Caí justo encima, la prendí, apreté el botón para viajar, pues la fecha ya estaba puesta, y un calor profundo entró por mi muslo derecho, después me desmayé.

No sé cuánto tiempo pasó; desperté en un lugar blanco, muy limpio; una señorita me dijo que un extraño me encontró desmayado y con una lesión muy grave en la pierna, que nadie entendía con qué lograron hacer esa herida, pero que ahora estaba mucho mejor.

Yo estaba muy desconcertado, no tenía la máquina en mis manos, no entendía nada. Pregunté a la señorita sobre la máquina, ella me dijo que llegué ahí sin nada, no sabe dónde me encontraron, no hay rastro de la máquina. Estuve mucho tiempo en el hospital, pensé que si no me curaba no podría llegar a generar un cambio, el que tanto se necesitaba y por el que se habían sacrificado antes mis amigos.

Me curé y me llevaron a un centro donde ayudan a jóvenes sin hogar, escapé y empecé a ejecutar un plan. Estuve en televisoras y radios; nadie me cree, me dicen loco, no encuentro mi máquina, me sentí ya sin esperanzas pues no hay modo de que la gente crea que el mundo se acabará si no cambia el modo de vida; cada día que paso acá

veo más y más cómo la sociedad entera se convierte en lo que será en un futuro no muy lejano.

Cada día hay menos gente que ayude a otros, no platican y no les interesa la naturaleza; aquí en la ciudad no hay muchos lugares llenos de árboles, como he visto en fotos de otras partes del mundo, sin embargo hay lugares muy bellos que en mi época no existen. Me empiezo a acostumbrar a cómo viven aquí; me gusta, es mejor que de donde vengo, la tecnología no sirvió para hacer feliz al hombre, y a mí muy poca naturaleza me ha hecho muy feliz.

Sin embargo me siento frustrado, todos los días lloro la muerte de mis amigos, parece que murieron en vano, la gente aquí no quiere entender y cada que cuento mi historia corro peligro. Por eso preferí escribir estas hojas. Espero de corazón que los pocos que crean esta historia más que convencer a otros cambien sus actitudes y mejoren el planeta antes de que sea demasiado tarde.

Yo seguiré buscando la máquina, espero que nadie de mal corazón la encuentre antes que yo, y así el día que la encuentre me gustaría enseñarles lo que sucederá con esta hermosa ciudad. No querrán vivir ahí; si ahora se quejan, entenderán que no es suficiente, que las quejas no mejoran al mundo, que sólo las acciones verdaderas y los compromisos podrán generar cambios buenos. Y si la tecnología sirve para mejorar la vida del hombre, realmente debe ser usada para mejorarla; hay que investigar para ayudar al planeta no a las guerras ni a obtener más dinero.

Por ahora seguiré con mis planes. Si de algo sirven estas hojas, aquí están.



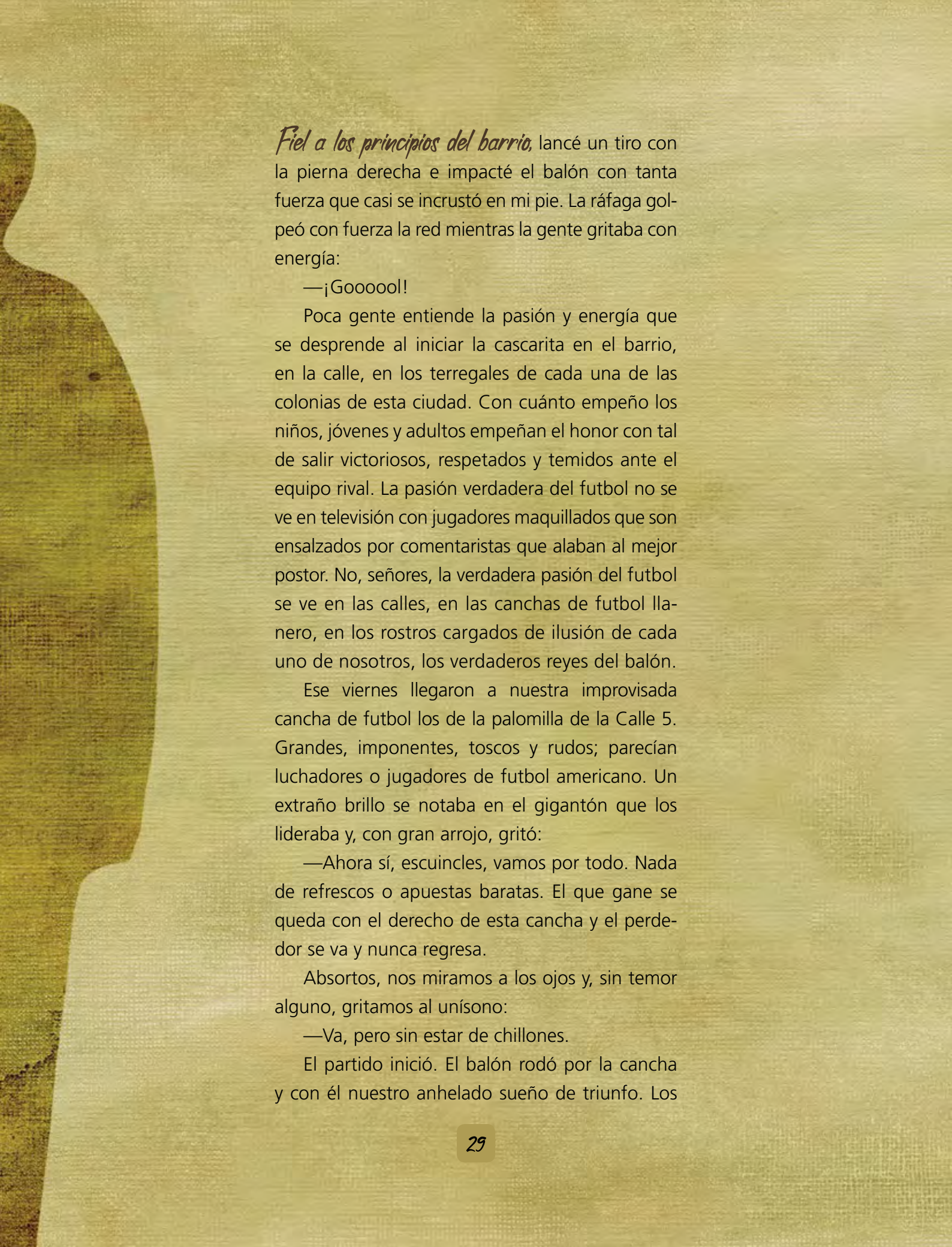
Segunda categoría
Segundo lugar

Los dueños del balón

José Macario Islas Aguayo







Fiel a los principios del barrio, lancé un tiro con la pierna derecha e impacté el balón con tanta fuerza que casi se incrustó en mi pie. La ráfaga golpeó con fuerza la red mientras la gente gritaba con energía:

—¡Gooooool!

Poca gente entiende la pasión y energía que se desprende al iniciar la cascarita en el barrio, en la calle, en los terregales de cada una de las colonias de esta ciudad. Con cuánto empeño los niños, jóvenes y adultos empeñan el honor con tal de salir victoriosos, respetados y temidos ante el equipo rival. La pasión verdadera del fútbol no se ve en televisión con jugadores maquillados que son ensalzados por comentaristas que alaban al mejor postor. No, señores, la verdadera pasión del fútbol se ve en las calles, en las canchas de fútbol llanero, en los rostros cargados de ilusión de cada uno de nosotros, los verdaderos reyes del balón.

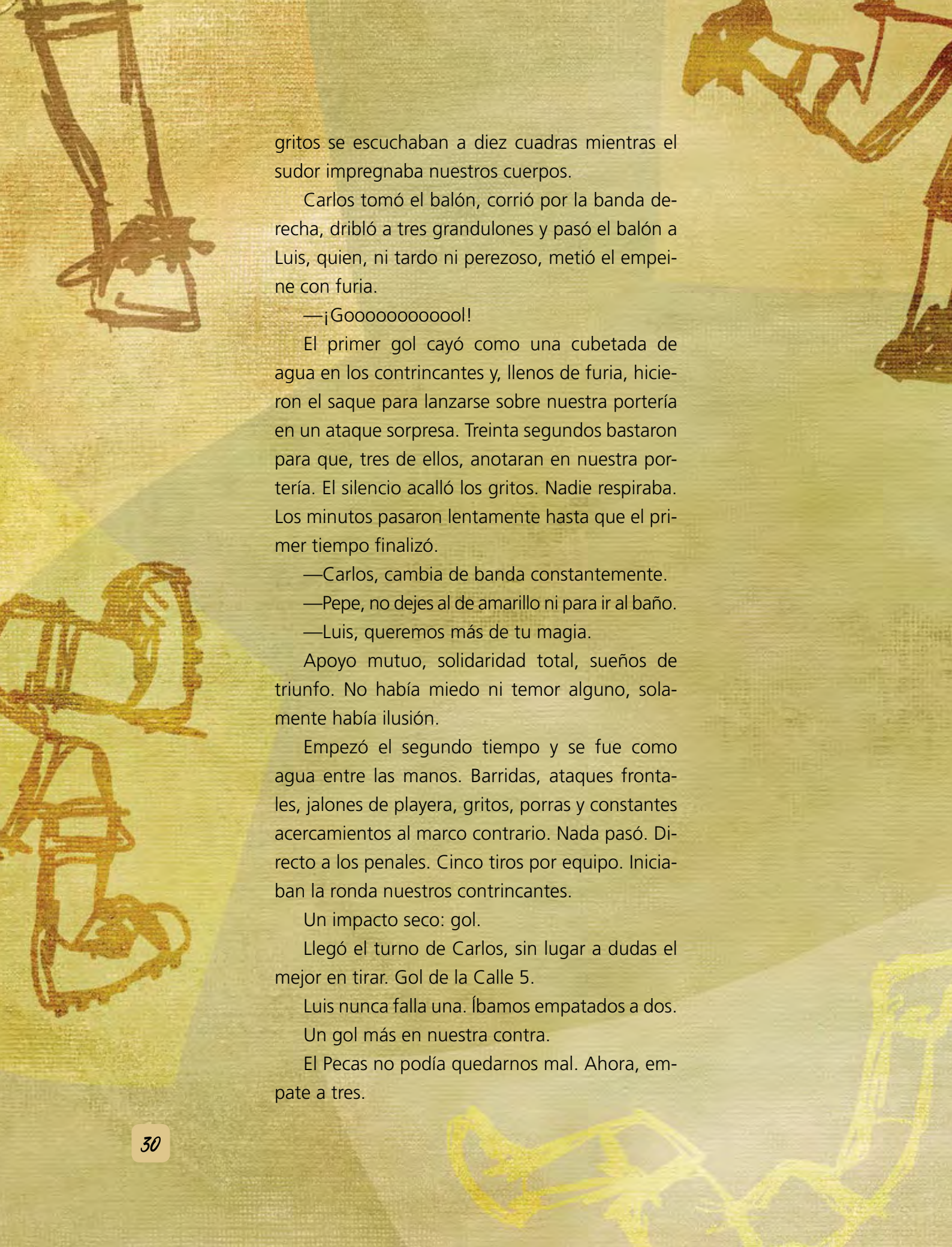
Ese viernes llegaron a nuestra improvisada cancha de fútbol los de la palomilla de la Calle 5. Grandes, imponentes, toscos y rudos; parecían luchadores o jugadores de fútbol americano. Un extraño brillo se notaba en el gigantón que los lideraba y, con gran arrojo, gritó:

—Ahora sí, escuincles, vamos por todo. Nada de refrescos o apuestas baratas. El que gane se queda con el derecho de esta cancha y el perdedor se va y nunca regresa.

Absortos, nos miramos a los ojos y, sin temor alguno, gritamos al unísono:

—Va, pero sin estar de chillones.

El partido inició. El balón rodó por la cancha y con él nuestro anhelado sueño de triunfo. Los



gritos se escuchaban a diez cuerdas mientras el sudor impregnaba nuestros cuerpos.

Carlos tomó el balón, corrió por la banda derecha, dribló a tres grandulones y pasó el balón a Luis, quien, ni tardo ni perezoso, metió el empujón con furia.

—¡Goooooooooooooool!

El primer gol cayó como una cubetada de agua en los contrincantes y, llenos de furia, hicieron el saque para lanzarse sobre nuestra portería en un ataque sorpresa. Treinta segundos bastaron para que, tres de ellos, anotaran en nuestra portería. El silencio acalló los gritos. Nadie respiraba. Los minutos pasaron lentamente hasta que el primer tiempo finalizó.

—Carlos, cambia de banda constantemente.

—Pepe, no dejes al de amarillo ni para ir al baño.

—Luis, queremos más de tu magia.

Apoyo mutuo, solidaridad total, sueños de triunfo. No había miedo ni temor alguno, solamente había ilusión.

Empezó el segundo tiempo y se fue como agua entre las manos. Barridas, ataques frontales, jalones de playera, gritos, porras y constantes acercamientos al marco contrario. Nada pasó. Directo a los penales. Cinco tiros por equipo. Iniciaban la ronda nuestros contrincantes.

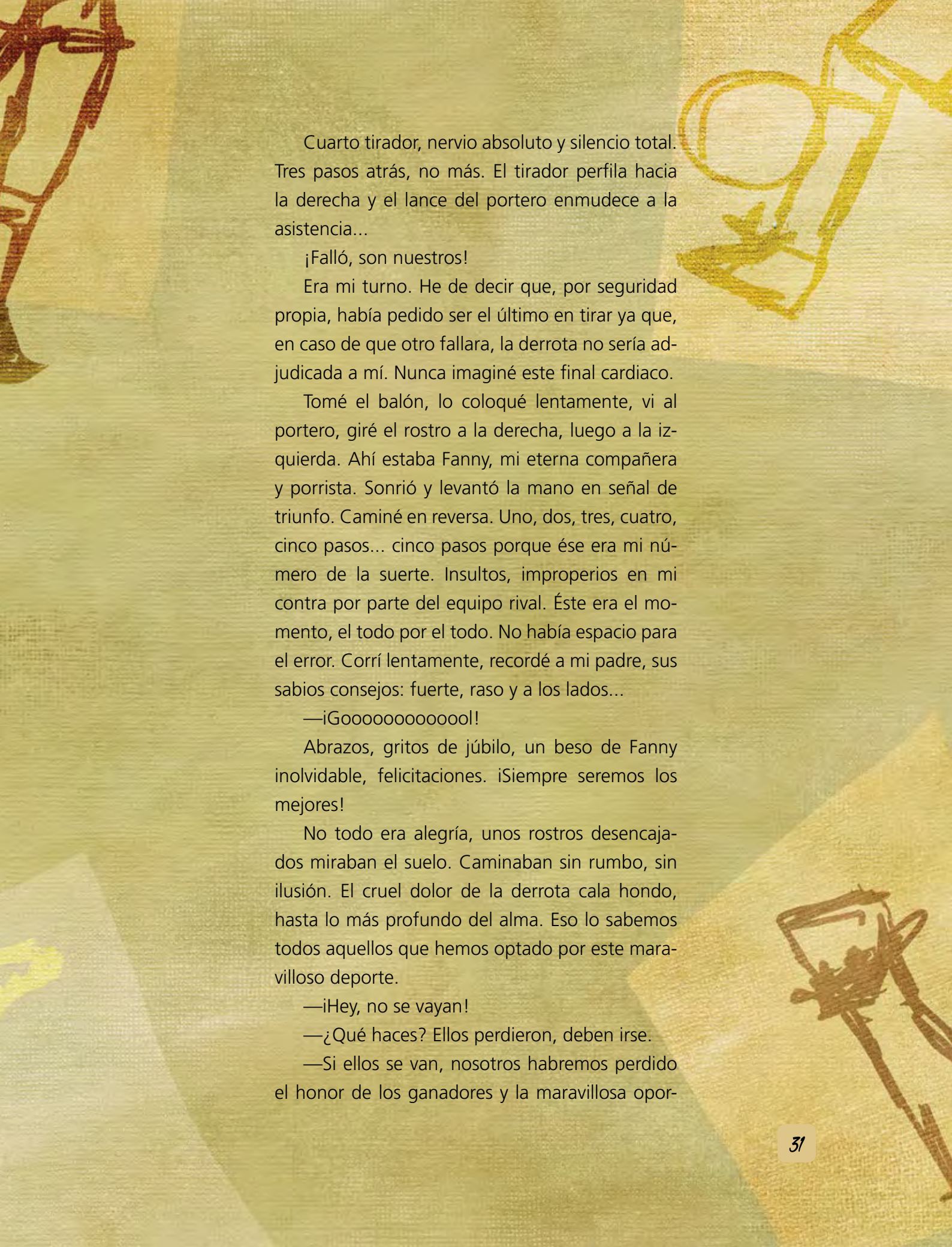
Un impacto seco: gol.

Llegó el turno de Carlos, sin lugar a dudas el mejor en tirar. Gol de la Calle 5.

Luis nunca falla una. ¡Vamos empatados a dos.

Un gol más en nuestra contra.

El Pecas no podía quedarnos mal. Ahora, empate a tres.



Cuarto tirador, nervio absoluto y silencio total. Tres pasos atrás, no más. El tirador perfila hacia la derecha y el lance del portero enmudece a la asistencia...

¡Falló, son nuestros!

Era mi turno. He de decir que, por seguridad propia, había pedido ser el último en tirar ya que, en caso de que otro fallara, la derrota no sería adjudicada a mí. Nunca imaginé este final cardíaco.

Tomé el balón, lo coloqué lentamente, vi al portero, giré el rostro a la derecha, luego a la izquierda. Ahí estaba Fanny, mi eterna compañera y porrista. Sonrió y levantó la mano en señal de triunfo. Caminé en reversa. Uno, dos, tres, cuatro, cinco pasos... cinco pasos porque ése era mi número de la suerte. Insultos, impropiedades en mi contra por parte del equipo rival. Éste era el momento, el todo por el todo. No había espacio para el error. Corrí lentamente, recordé a mi padre, sus sabios consejos: fuerte, raso y a los lados...

—¡Goooooooooooooool!

Abrazos, gritos de júbilo, un beso de Fanny inolvidable, felicitaciones. ¡Siempre seremos los mejores!

No todo era alegría, unos rostros desencajados miraban el suelo. Caminaban sin rumbo, sin ilusión. El cruel dolor de la derrota cala hondo, hasta lo más profundo del alma. Eso lo sabemos todos aquellos que hemos optado por este maravilloso deporte.

—¡Hey, no se vayan!

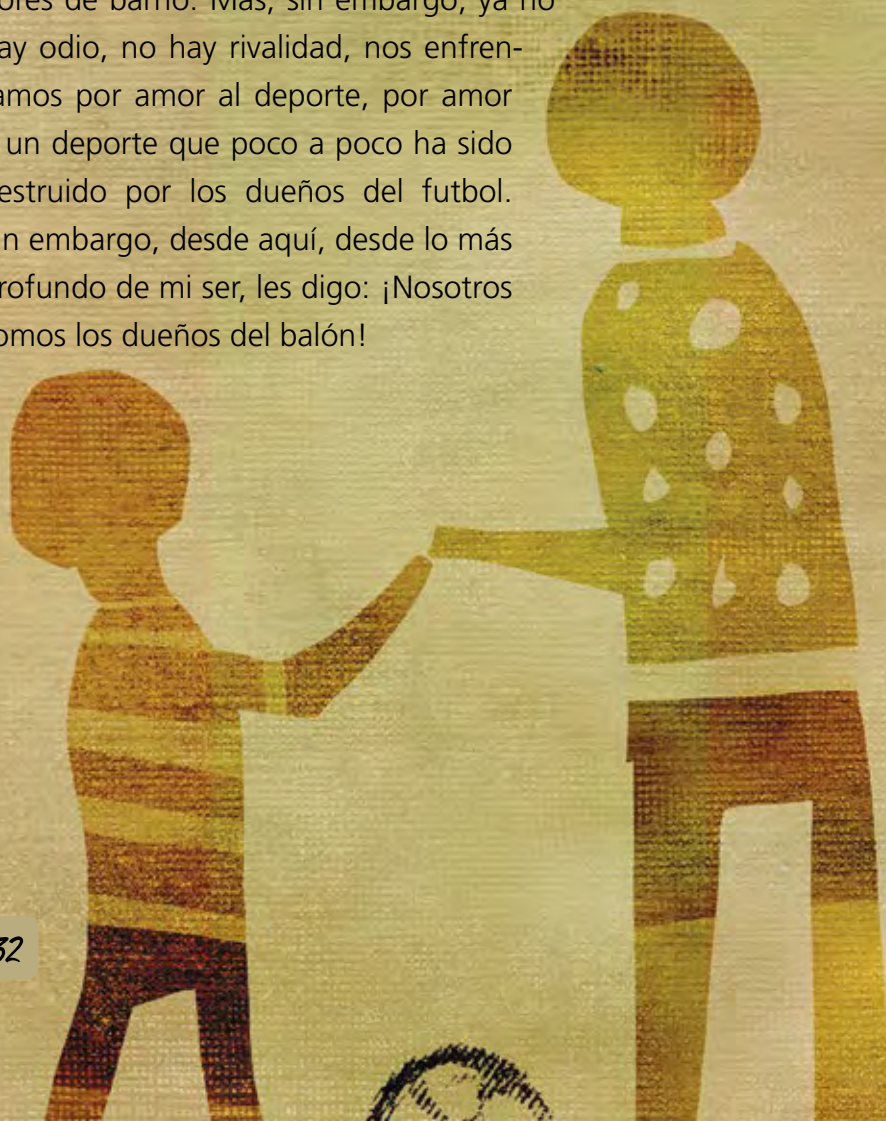
—¿Qué haces? Ellos perdieron, deben irse.

—Si ellos se van, nosotros habremos perdido el honor de los ganadores y la maravillosa oportu-

tunidad de ganar un amigo más. Piénsenlo, la ciudad, nuestra colonia, nuestra cancha, nosotros mismos, no podemos dejar que el odio y la falta de solidaridad nos embriague. Si eso pasa, todos habremos perdido.

Nos dimos las manos uno a uno y el rostro de los otrora contrincantes se iluminaba a cada segundo. Gestos de aprobación, en las improvisadas gradas, nos dieron la razón. Ahora somos más los amigos que jugaremos en esta cancha, en este improvisado estadio del barrio.

Han pasado tres meses desde aquel gran partido, todo sigue igual. Los de la Calle 5 vienen todos los viernes y nos enfrentamos con furia, con la garra característica de nosotros, los jugadores de barrio. Mas, sin embargo, ya no hay odio, no hay rivalidad, nos enfrentamos por amor al deporte, por amor a un deporte que poco a poco ha sido destruido por los dueños del fútbol. Sin embargo, desde aquí, desde lo más profundo de mi ser, les digo: ¡Nosotros somos los dueños del balón!



Segunda categoría
Tercer lugar

*El nacimiento
de una
nueva raza*

Mauro Jesús Aarón Bautista Campos



La civilización corkëa fue el resultado de la unión de habitantes del planeta Tierra y los kracönianos; crearon una nueva raza híbrida, mejorada como si fuera el producto de un laboratorio de avanzada. El resultado final fue un ser con conocimientos vastos acerca de los mundos y el universo, inteligencia, altos valores, derechos, obligaciones e impartición de justicia equilibrada... Pero no todo es luz en el camino, y cuando comenzó el cambio había mucha oscuridad; iniciaba todo de nuevo.



En una región desconocida del sector 9731, cuadrante N.M.C 10, se encuentra el planeta Kracön.

En él vive una civilización similar a la humana, muy desarrollada mental e intelectualmente, con una gran conexión con todos los seres vivientes. Sus avances científicos les habían permitido crear nuevas formas de viajar a través del tiempo y el espacio sin necesidad de utilizar naves interestelares o complicadas travesías durante muchos años luz.

En uno de tantos viajes encontraron un planeta que llamaba la atención porque era de un color azul muy espectacular y además brillaba como si tuviera luz propia, en otra galaxia, en un universo muy distante. Era una oportunidad que no podían desaprovechar y decidieron hacer una visita a tan bello lugar.

Cuando ya estaban al interior del planeta se llevaron gran desilusión. Lo que los esperaba era abrumador y muy triste, porque los habitantes




de ese planeta (hasta ese momento desconocido para ellos) se habían encargado de llevarlo hasta el punto de la extinción; en su afán de industrializarlo todo, de sacar el máximo provecho de todos los recursos de ese noble lugar, hirieron, maltrataron, dañaron tanto el ambiente y a todo ser vivo, que esta noble raza alienígena decidió tomar las acciones necesarias y el tiempo necesario para ayudar a ese hermoso planeta y a los seres que habitaban en él, para que perdurara y fuera un ejemplo de que los cambios bien encaminados sí pueden rendir frutos y alegrías. Se propusieron cambiar las cosas en unidad con todos los seres vivos racionales y no racionales. Estaba por generarse un cambio de fondo muy importante.

Como era de esperarse, no todos los habitantes estaban de acuerdo ya que se habían acostumbrado a vivir a medias, con miedo, sin ilusiones, sin garantías de llegar al día siguiente, sin amor, sin respeto, sin igualdad, esperanzas olvidadas y existencias vacías. Había que trabajar de fondo con los habitantes de todo el planeta, ningún lugar debería de quedar sin ayuda...

En un principio los habitantes creyeron que iban a ser esclavizados y obligados a trabajar para esa nueva forma de vida que venía de muy lejos y ante la cual no tenían más remedio que obedecer, pero al paso del tiempo y por medio de nuevas enseñanzas aprendieron que la ayuda era genuina y entonces todos pusieron de su parte para salir adelante, recuperar, restablecer y resarcir el daño ocasionado.

El plan era sencillo: los kracõnianos ya habían realizado los estudios pertinentes de suelo, aire,



agua, alimentación que fueran amigables con todas las especies que coexistían en el planeta Azúl. El rescate era total.

Con ayuda de los habitantes del planeta se realizaron grupos en distintas brigadas de salvaguardas:


Brigada Uno: al elemento agua y la desintoxicación, clarificación, limpieza del tan vital líquido, ya que sus estudios habían arrojado que sin agua no era posible la vida en el planeta.

Brigada Dos: ésta se hizo cargo del suelo; había que purificarlo de los desechos radioactivos que lo habían dejado estéril e inservible para poder cosechar los buenos productos que los mantendrían vivos, sin tener la necesidad de consumir otros seres vivientes, que también tenían el derecho de vivir y compartir el planeta.

Brigada Tres: encargada de limpiar el aire que casi era irrespirable, por la gran cantidad de metales pesados que eran arrojados por las industrias y los combustibles de origen químico, que eran 100 veces más dañinos que los que existían anteriormente; cada vez que surgía uno nuevo, éste era más venenoso y más dañino que el anterior.

Brigada Cuatro: dedicada a la conservación de la flora del planeta, de todo aquello que se pudiera recuperar; a través de estudios detallados y de altísimo nivel, lograr el restablecimiento de especies extintas, de mejorar y hacer más fuertes a las ya existentes.

Brigada Cinco: estaría integrada por un grupo interdisciplinario para la conservación de la fauna del planeta que fuera amigable con el ambiente y con los otros seres vivientes.



Brigada Seis: en este grupo se encontrarían los más eruditos seres de la raza kracön, ya que a ellos les correspondería reeducar a los seres vivos del planeta Azúl, que habían perdido la capacidad para pensar racionalmente y con amor; necesitaban un cambio de conciencia, pensar solidariamente, responsablemente... El daño generado era enorme, y trabajar con ellos era la parte más difícil.

Se esperaba que los resultados arrojaran un cambio de actitud, de automejora, tolerancia y valores fundamentales de vida; el cambio ya había comenzado y no era posible un paso hacia atrás... Sólo, sólo hacia adelante.

Con el paso del tiempo y con mucho trabajo auestas, las brigadas de trabajo presentaban los resultados de sus pesquisas; con esfuerzo y hombro a hombro las expectativas se cumplieron y más.

Las mejorías fueron espectaculares: la vida volvió a resurgir de entre la oscuridad, el agua se clarificó, el suelo volvió a dar fruto, el aire se purificó, las especies vegetales se recuperaron y más, los seres vivos prosperaron.

Algunos seres vivientes fueron el resultado de unir los seres vegetales del planeta Azúl y los de Kracönia, esperando crear vida nueva y mejorando la ya existente.

El mismo procedimiento se llevó a cabo con las especies animales, surgiendo especies extraordinarias, únicas y bellas.

Muchos años trascurrieron y las cosas iban mejorando de a poco. Con el tiempo los habitantes

originales se fueron extinguiendo, pero al mismo tiempo iba surgiendo una nueva generación de habitantes modelo que cuidaba y respetaba los resultados obtenidos al paso del tiempo; ahora ellos salvaguardaban lo que tanto sacrificio había resultado a sus antecesores.

En algunas ocasiones las nuevas generaciones olvidaban los malos momentos por los que habían pasado sus ancestros y recordaban que existía un libro morado con filos dorados, que preservaba las memorias de los fundadores del nuevo planeta Azúl, que consultaban cada vez que las cosas no salían como querían o para recordar lo frágil que puede ser el equilibrio si no se cuida y se respeta.

Del resultado de tantos años de esfuerzo ambas razas se fusionaron, generando sólo lo mejor de ambas, concluyendo que las diferencias no los hacen distintos, los hacen valiosos y únicos.

La raza alienígena kracõn dio un nombre a los moradores y habitantes del planeta Azúl, al que llagaron hace 357 000 000 años. Así surgieron los corkëa.

De lo que el planeta era antes de su llegada sólo el recuerdo queda. Sólo grandes momentos, grandes cambios y grandes soluciones.

De la fundación de un estado de gobierno democrático e incluyente conformado por habitantes del planeta Azúl, kracõnianos e híbridos corkëa, surge un planeta nuevo, fresco y con ganas de hacer siempre las cosas bien, para el beneficio todos en normatividad, legalidad y justicia.






Tercera categoría
Primer lugar

Un día normal

Luis Alejandro Salas







Me desperté y prendí mi celular de manera casi automática; después me vino esa necesidad cotidiana de salir corriendo hacia el baño, lo hice. Mi mamá tenía ya un buen rato despierta, eran más o menos las ocho de la mañana; el desayuno ya estaba servido. Me senté y el teléfono que ya tenía en la bolsa sonó. Eran mensajes de algunos compañeros de la escuela, lo cual se me hizo un poco raro, puesto que ya tenía una semana de haber salido de vacaciones. Leí los mensajes y había uno que era macabro: decía que teníamos que ir a la escuela esa misma mañana, a las nueve con diez teníamos que estar en el salón de física. Me espanté muchísimo; inmediatamente me puse a pensar en opciones. ¿Cuál es la manera más rápida de llegar a la escuela? ¿Taxi? ¡No!, a mi mamá no le había ido muy bien con la venta, así que ni pensarlo, con suerte me daría para el camión. Revisé en la cajita en la que sin piedad aviento algunas veces algunas monedas, sólo tenía veintiocho pesos. Si me hubiera ido de la manera en la que siempre lo hacía me hubiera tardado muchísimo; lo repasé de cualquier forma para ver si había alguna posibilidad: “A ver: diez minutos en lo que me cambio, otros diez en lo que espero el camión (si es que no viene vomitando gente, si no, esperar otros diez minutos). Si tengo mucha suerte en una hora llego al metrobús (en realidad deberían ser como veinte minutos, pero desde hace ya un tiempo están construyendo la Autopista Urbana Sur, por lo menos espero que no vayan a cobrar para pasar por ahí, ¡sería el colmo!), y a la escuela en otra hora. Eso nos da

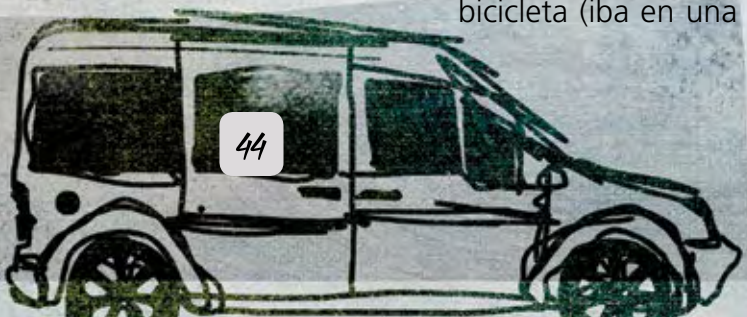
un tiempo de llegada de más o menos ¡las diez con diez minutos! Imposible”.


¡La bicicleta! ¡Claro! Llegué a esa conclusión después de dos minutos más o menos de mirar fijamente las tortillas. Mi mamá me dijo que dejara el celular y me pusiera a desayunar, como si no hubiera visto mi gran concentración en las ya mencionadas tortillas. Le dije que tenía que ir a la escuela y me preguntó: —¿A qué hora?

A lo que respondí: —¡Ya!

Su cara fue de sorpresa. Supongo que ya se imaginaba lo complicado que iba ser llegar a la escuela, ya ni digamos a tiempo. Comenzó a regañarme, pero ¿yo que culpa tenía? No quise discutir, me levanté, tomé dos tortillas y les vacié el sartén encima; me hice un taco que, si no hubiera sido de ayer, aparte de gigantesco hubiera sido delicioso. Comí rápidamente, me amarré los tenis, tomé mi mochila, fui corriendo por mi bicicleta. Mi mamá estaba toda enojada y nada más me gritaba: —¿Y si te pasa algo?

Yo nada más me reía, su manera de enojarse me causa muchísima gracia (ahora; cuando era más chico, no tanto). Salí hacia la calle, doblé a la derecha y agarré buena velocidad, avancé un poco y a unos cinco metros de mí había tres señoras ocupando la mitad de la calle (como si las calles de San Andrés fueran muy anchas). Quise rebasarlas por la izquierda, pero venía un auto, así que tuve que volver a donde estaba. Alcancé rápidamente a las señoras y, para no pasar a llevármelas, tuve que bajarme aparatosamente de la bicicleta (iba en una bajada). Una de las señoras





me volteó a ver como si yo la hubiera retado y en tono altanero me dijo: —Hey, amigo, ten cuidado.

Yo le respondí: —Usted es la que está a la mitad de la calle.

Y continué con mi camino. Llegué a la esquina y volteé dos veces a cada lado, aquí hay que tener mucho cuidado; avancé, empecé a agarrar buena velocidad, entre más rápido iba más brincaba mi bicicleta, la calle estaba (está y estará) toda mal pavimentada, mi bici es de montaña (por suerte) y con las calles de mi pueblo ya no tenía que ir a algún cerro para sentir la adrenalina de ir rápido en un terreno impredecible. Llegué a una calle principal, había mucho tráfico, los autos estaban detenidos, avancé entre ellos y la banqueta. Poco a poco empezaron a avanzar y logré meterme entre dos autos y ocupé un lugar en el carril; avancé tres o cuatro metros y el auto de frente de pronto se frenó. Alcancé a frenar de milagro y, por la fuerza con la que lo hice, tuve que bajarme de la bici; el conductor del auto de atrás me empezó a tocar el claxon de una manera que en este país todos (o por lo menos la mayoría) entendemos. Ni siquiera me molesté en voltear. Los autos avanzaron de nuevo; como iban muy lento los rebasé a todos, puse la última velocidad de la bicicleta y empecé a pedalear con más fuerza esquivando los hoyos de la calle. Sentía el aire y los mosquitos en mi cara; intenté brincar un tope, pero no lo logré y casi me pongo el *ranazo* de mi vida. Llegué al siguiente pueblo (San Pedro), a la calle principal, y tuve que esperar como diez minutos para poder cruzar. Cuando logré hacerlo el auto que a lo lejos se veía

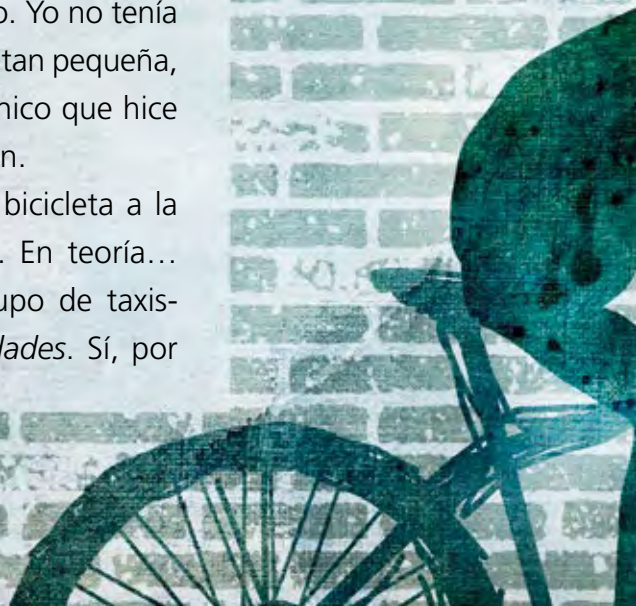





aceleró; cuando logró alcanzarme, el conductor me *aventó* el carro; volteé a verlo molesto, eran dos chicos como de mi edad; seguía cruzando y, cuando me quité, aceleró a lo loco y ni tiempo me dio de reclamarles. Ya un poco enojado seguí con mi camino; las calles que siguieron fueron bastante tranquilas. Me detuve en una tienda para comprar agua; los quince minutos que habían pasado desde que salí de mi casa hasta ese momento se me habían hecho eternos. Entré a la tienda sin perder de vista mi bici porque *Roberto* está a la orden del día. Bebí el agua, ya estaba un poco cansado, me subí a la bici y seguí. Llegué al pueblo de Chimalcoyotl; tenía que cruzar al otro lado de la carretera y la única manera de hacerlo era cruzando el puente y, ni modo, tuve que rifarme a subir el puente con la nada ligera bicicleta en el hombro. Llegué al otro lado y seguí con la bicicleta en la mano hasta llegar a Insurgentes. Ahí tuve que subirme en la banqueta (en la que apenas cabía yo y con muchísimo trabajo la bici), di algunos pasos y ví que un señor de traje iba caminando hacia mí, me puse atrás de la bicicleta para que pudiera pasar. El señor al pasar junto a mí movió su cabeza en señal de desaprobación, me volteó a ver muy feo y me dijo: —Ya ni la friegas.

La verdad, me molesté muchísimo. Yo no tenía la culpa de que la banqueta estuviera tan pequeña, pero el señor tampoco, así que lo único que hice fue voltear a verlo y decirle: —Perdón.

En teoría pude haber bajado la bicicleta a la calle y sujetarla desde la banqueta. En teoría... porque en la práctica había un grupo de taxistas que estaban limpiando sus *unidades*. Sí, por






increíble que parezca, había como seis o siete taxistas ocupando un carril de una de las avenidas más importantes y concurridas de la ciudad para limpiar sus carros; y al parecer no les bastó con eso, puesto que también había botes y escobas estorbando en la banqueta. Sin más, avancé y me vi en la necesidad de cruzar otro puente. Ni modo, lo crucé y empecé a andar sobre Insurgentes. El hecho de llegar a la escuela a tiempo había pasado a segundo plano, mantenerme con vida se había convertido en la prioridad (por muy exagerado que parezca). Iba prácticamente pegado a la banqueta y aun así los autos pasaban ridículamente cerca de mí, algunos hasta tocaban el claxon, con el fin no sé si de asustarme o de que me quitara. Ante esto pensé en subirme a la banqueta, pero había escuchado que era ilegal o algo así, y pues con qué cara me estaría quejando de lo mal que las personas tratan a los ciclistas si yo también estaría tratando mal a las personas invadiendo su espacio, ¿no?

Seguí avanzando y poco a poco los autos dejaron de pasarme puesto que había cada vez más tráfico. Estaba muy nervioso porque era la primera vez que me iba en bicicleta a la escuela, y con todo lo que me había pasado hasta ese momento pues más, parecía perrito chihuahua: temblando y volteando a todos lados.

Algo que se me hizo muy irónico (en realidad, justo ahora que lo estoy recordando se me hizo irónico) fue que los motociclistas eran mucho más agresivos conmigo y con mi bicicleta que los automovilistas. Me sorprendí muchísimo puesto que ellos estaban prácticamente en la misma posición

The background of the page is an abstract collage of various colors and textures. It features vertical stripes in shades of green, brown, and orange. There are also rectangular blocks of color, including a large yellow one at the top, a red one at the bottom, and a white one with a grid of small red squares on the right side. The overall effect is a busy, layered composition.

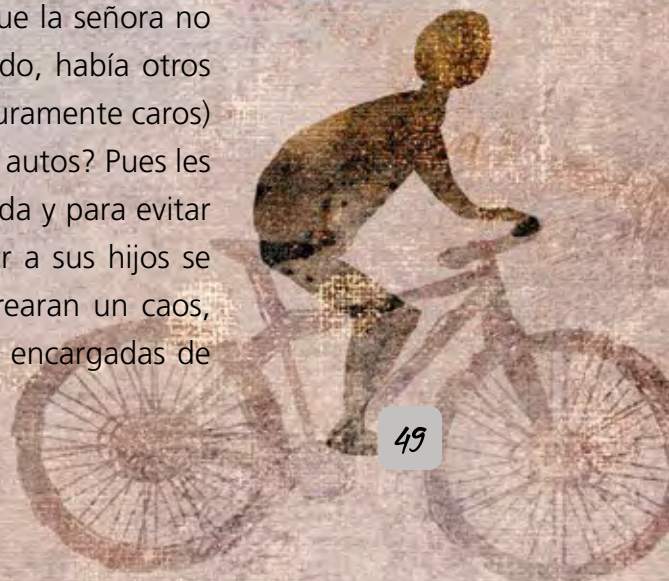
y riesgo que yo como ciclista. Siempre he visto cómo las personas con automóvil les *avientan* sus autos o no los dejan pasar cuando van entre carriles. Pensé que entre motociclistas y ciclistas había alguna especie de fraternidad, que se echaban la mano entre ellos, pues, pero me di cuenta de que no. Si nos detenemos a pensar un poco en eso y en todos los protagonistas (por decirlo de alguna forma) de la vía pública, nos damos cuenta de que es una reacción en cadena. Tomando, por ejemplo, a los operadores de transporte público, que tienen fama de manejar muy mal (aunque hay excepciones), como los iniciadores de esta cadena de enojo e imprudencia, le seguirían los automovilistas descargando su ira sobre los motociclistas y ciclistas, seguirían los motociclistas descargando su odio sobre los ciclistas y los ciclistas sobre los peatones... o por lo menos así lo pienso yo.


¿Habrá alguna forma de cambiar esto? O ¿debería asumir una posición de conformismo y dejar las cosas así? Es curioso cómo el mismo dilema se manifiesta en distintos ámbitos: "¿Debería quejarme del gobierno y salir a marchar (en el mejor de los casos) por algo que no me parece?". O "¿Debería dejar las cosas como están porque así han sido siempre?". Creo que todos llegamos a una misma conclusión, lo mejor que podemos hacer es buscar una manera de cambiar, para terminar con la situación o el problema que se nos presente, pero en el caso de la movilidad en esta ciudad, ¿qué? ¿*Regañar* a los conductores? Sabemos que ni con multas entienden. ¿Entonces?, ¿clases sobre el respeto a los demás? ¡Esas ya existen! Se llaman "Cívica y ética" y te las dan en

la secundaria (o como mis compañeros las conocían: más receso). Pienso yo que los culpables somos todos y cada uno de nosotros, y la única manera de cambiar la situación es si cambiamos todos, si todos trabajamos para que las cosas funcionen como deben funcionar vamos a lograr grandes cambios, como dijo alguien por ahí: "Unidos somos más fuertes".

Pero bueno, volviendo a mi interesante y divertida aventura...

Seguí por Insurgentes bastante tranquilo. Iba a la altura un lugar que se llama Fuentes Brotantes; el tráfico seguía bastante pesado, llevaba una velocidad normal, creo, los autos empezaban a avanzar un poco. De pronto una señora en una camioneta blanca, gigantesca y bastante bonita (la camioneta), salió de la banqueta, la señora se fijó en que no hubiera un coche con el que pudiera chocar, y en efecto no había ningún coche, ¡pero sí estaba yo! Dudo muchísimo que no me haya visto, es decir, ¡estaba a un metro de ella! Yo creo que sí me vio y simplemente decidió ignorarme, pero ¿por qué? Yo tenía el mismo derecho que ella de pasar, e incluso ¡más! Ella estaba en la banqueta obstruyéndola casi por completo, las personas que pasaban tenían que bajarse al asfalto para poder pasar, lo peor es que la señora no era la única que estaba estorbando, había otros dos autos (bastante bonitos y seguramente caros) y ¿por qué?, ¿qué hacían ahí esos autos? Pues les cuento: ahí hay una escuela privada y para evitar que los papás en el acto de dejar a sus hijos se detuvieran sobre Insurgentes y crearan un caos, las finísimas y abusadas personas encargadas de





la escuela acondicionaron la banqueta como una bahía de descarga para dejar a los niños. Y en realidad no es una mala idea, lo que está mal es que ¡utilizan la banqueta que se supone es para los peatones! y no para dejar a niños. ¿Qué les pasa por la cabeza?, ¿de verdad las personas para ellos valen tan poco que deciden ponerlas en riesgo? Pareciera que estoy exagerando, pero no. Dudo muchísimo que un automóvil tenga el mismo valor que la integridad física de una persona. Una pregunta alarmante es: ¿por qué esto se permite?, ¿por qué...?

Volviendo nuevamente con mi travesía...

¿En dónde me quedé? Ah, sí. La señora de la camioneta pasó frente a mí y se perdió en lo vasto de Insurgentes. Yo (enojadísimo) seguí mi camino; no había avanzado ni cien metros cuando una señora se atravesó y por poco le paso encima. ¿Qué no pudo esperar al semáforo? En ese punto, más que enojado ya estaba cansado de tanta cosa; avancé otro poquito y me detuve nuevamente a beber agua mientras pensaba: "¿Neta las personas que andan en bici a diario sufren todo esto, o de plano tengo muy, pero muy mala suerte?".

Levanté la mirada y del otro lado de la avenida vi a un perrito que estaba igual de paranoico que yo, volteando a todos lados, captando cada sonido con sus orejas que se movían en todas direcciones y tomando cada movimiento brusco de lo que (o quien) fuera como una potencial amenaza.

Con todo lo que les he contado pareciera que mi escuela está muy lejos o que yo iba muy lento, pero no. Habían pasado más o menos unos treinta minutos hasta este punto, pero con todo lo que

me pasó yo sentía que ya había atravesado más de la mitad de esta bella y contaminada ciudad.

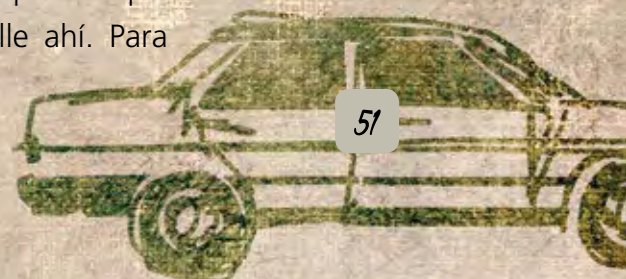
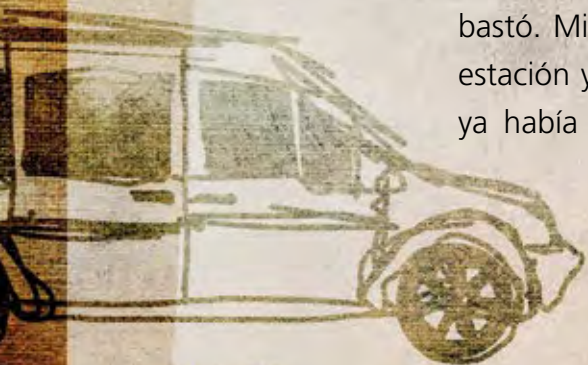
Me subí a mi bici y seguí mi camino; en poco tiempo llegué a otra de las tantas estaciones del metrobús. Volteé a verla y estaba totalmente llena; en la parte de afuera había tres filas gigantes para poder entrar, y fue cuando me hice otra pregunta: “¿Hice bien en ir en bicicleta y arriesgarme tanto sólo para llegar a tiempo o debí tomar el transporte público y aguantar los golpes y peculiares aromas que ahí sobran, y llegar dos horas tarde?”.


Qué chistoso que algo tan simple como transportarme de mi casa a la escuela haya eclipsado casi todas las cosas que traía en la cabeza, para convertirse en lo más importante en mi vida en ese momento.

Les sigo contando.

Estaba distraído, me distraje mucho viendo la estación del metrobús. ¿Quién se distrae viendo eso? Yo. Sin embargo, mi distracción no impidió que siguiera pedaleando, sin ver el camino como por cinco segundos, los cinco segundos más eternos...

Seguí avanzando a ciegas; en dirección perpendicular a mí venía un auto gris (ahora lo puedo ver). El conductor, al igual que yo, estaba distraído, sólo que, a diferencia de mí, él lo estaba con su celular. Yo tenía el verde, pero el conductor no vio que él tenía el rojo; ninguno de los dos iba gran velocidad, pero la poca que llevábamos bastó. Mientras seguía avanzando dejé de ver la estación y volteé a ver a mi derecha, puesto que ya había notado que había una calle ahí. Para






cuando volteeé fue demasiado tarde, el auto estaba a milímetros de arrollarme. A partir de ese momento el tiempo se ralentizó de manera sorprendente, pude ver y sentir prácticamente en cámara lenta cómo el auto levantaba la bicicleta y a mí con ella, cómo golpeé mi costado con el cofre mientras mi cabeza golpeaba el parabrisas; el auto no me pasó encima, me aventó. En este preciso instante estoy en el aire, cayendo sorprendentemente lento.

Es cierto eso que dicen de que cuando estás a punto de morir el tiempo se hace lento y lo recuerdas absolutamente todo. No sé si voy a morir, no lo creo, el golpe no fue tan fuerte, pero si no fuera a morir ya hubiera caído, ¿no? Si no fuera a morir, ésta sería como otra de las tantas caídas que he sufrido, pero no lo es.

Me surgen muchísimas preguntas ahora que estoy aquí viendo el rostro de horror del chofer que me aventó, las caras de sorpresa de los que están alrededor: ¿si no me hubiera detenido a beber agua, estaría llegando sano y salvo a la escuela? ¿Y mi mamá?, ¿cómo va reaccionar? Lo último que me dijo fueron regaños... Ni siquiera le dije que la quería, ni siquiera me despedí de ella. Este día parecía tan normal dentro de lo que cabe, un día cualquiera, y de pronto estoy a punto de caer e irme. Veo un auto azul, se mueve más rápido que los demás, el conductor no se ha dado cuenta de mi presencia en el aire, ¿cuánto tiempo ha pasado desde que empecé a contar lo que recuerdo? Un segundo, tal vez. El tiempo empieza a volver a la normalidad, todo se vuelve más rápido, ¡ese auto se acerca cada vez más!, no tengo un



casco, ¡no creí necesitarlo! ¡Sólo iba a la escuela y ya! Tengo el auto a centímetros de mí, todo se vuelve más rápido, siento la fuerza devastadora del auto...

Qué chistoso, ¿no? Qué chistoso que algo tan simple como transportarme de mi casa a la escuela haya eclipsado casi todas las cosas que traía en la cabeza para convertirse en lo más importante en mi vida, para convertirse en mi muerte...





Tercera categoría
Segundo lugar

Tlaloc

Jesús Eduardo Bernal Loeza





Tláloc danzaba animado entre el viento sólido que se cimbraba en forma de corriente sobre los cielos; daba pequeños saltos con un pie y otro, adornados con plumas diferentes de colores pegadas a sus pantorrillas y muslos, los pies desnudos y el pecho y la espalda cubiertos por una armadura de diamantes azules y verdes, las muñecas cubiertas por brazaletes de oro negro, hombreras del mismo color y un rostro de agua cubierto por una máscara de jade, que se componía de dos hoyos ligeramente horizontales en forma de línea, por donde se veían los ojos apasionados del dios, nariz chata aplanada y una abertura que simbolizaba unos labios de donde sobresalían dos colmillos. Estaba rodeada por el cabello de Tláloc, que parecía una melena de plumas verdes y azules. Muchos conocían esa melena perimetral cimbrada verticalmente como penacho. Dentro no se vislumbraba nada más que oscuridad. Las vestimentas de Tláloc nunca cambiaban y cubrían un cuerpo tan fuerte como la marea que, al agitarse en la danza de la lluvia que interpretaba, lanzaba infinidad de litros de agua purificada y cristalina sobre la Ciudad de México.

Tláloc levantaba los brazos y movía las muñecas circularmente, saltaba y movía la cadera hacia adelante y hacia atrás, un paso y otro, un rodillazo al aire, un cabezazo al viento, un espaldarazo al sudor que se le despegaba en forma de lluvia, sacudiendo las plumas de su vestimenta. Lanzaba haces de luz que a los mortales tanto atemorizaban en la tormenta y que, al ser alcanzados por casualidad, se electrificaban al no ser capaces de absorber en su cuerpo la cantidad

de poder divino que el dios de la lluvia despedía desde su penacho.

La música venía de todas partes, la fuente era misteriosa para cualquier otro que no fuera un dios como Tláloc, que conocía perfectamente el origen de los cantos, las maracas, las flautas y los tambores. Después de un par de horas de intensa danza Tláloc dejó de bailar para descansar un momento, pero los cantos se reanudaron casi de inmediato y éste, obligado por ellos, regresó a su danza, que duró otro par de horas en medio de un julio en el que éstas habían sido constantes. De pronto la música se detuvo; entonces Tláloc, seco por haber expulsado tantísima lluvia que en su interior había, se recostó sobre uno de sus hijos humeantes, que lo abrazó con mucho cariño y lo consolaba, aunque ninguno de los dos hablara con su voz, pues ésta se manifestaba muy rara vez y en contadas ocasiones. En sus conversaciones imaginarias su hijo tlaloca escuchaba el pesar del dios que no podía dormir, molesto por males ajenos a él.



Julián presionó los ligeros números del teclado del teléfono; no se colocó la bocina en el oído durante los segundos de espera debido a los molestos, casi insoportables para él, sonidos incisivos: biiiiip, biiiiip. De repente se escuchó una voz grave, Julián colocó la bocina rápidamente en su oído.

—¿Hola?, ¿hola? —preguntaba la voz al otro lado del teléfono.

—Hola, Marcos —dijo Julián, apurado—. Soy Julián, ¿me recuerdas?





—¿Julián?, ¿Julián? —Intentaba recordar Marcos—. ¡Ah, claro! ¿El ingeniero, cierto?

—Ese mismo.

—¿En qué puedo ayudarte, Julián? —preguntó Marcos—. Hace ya un rato que no te comunicabas.

—Me tomé unas pequeñas vacaciones —dijo Julián, riendo—. Pero ya estoy de vuelta.

—Perfecto. ¿Qué necesitas?

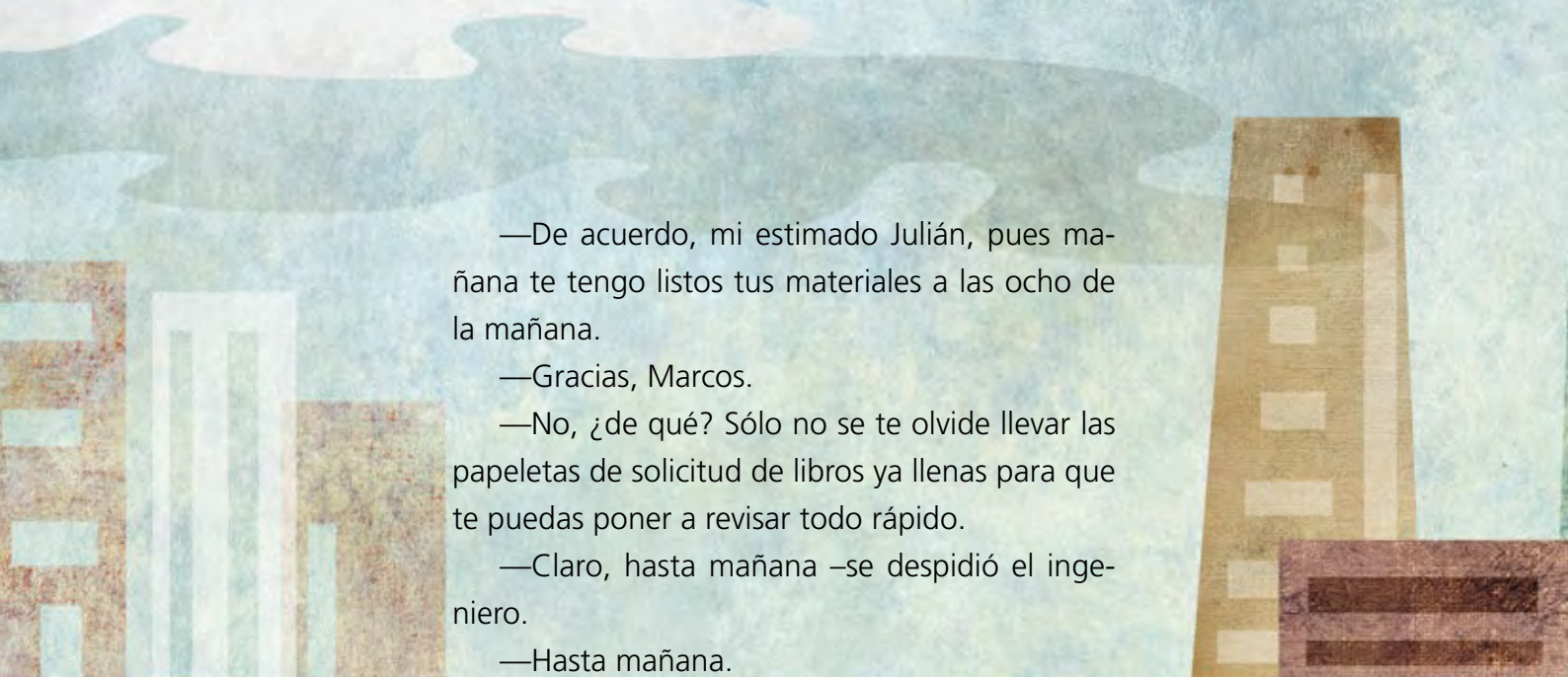
—¡Ah, claro! —Volvió Julián en sí—. Voy a llegar como a las ocho de la mañana, ¿crees que me puedas tener listos todos los planos del alcantarillado de la ciudad? ¡Ah!, y también los seis libros de arquitectura urbana que siempre pido, esta vez también necesitaré uno de física avanzada, el que tú decidas estaría bien.

—Perfecto, Julián, pero si quieres los planos te los puedo hacer llegar de una vez por correo, los tenemos en versión digital, para que los vayas checando.

—Lo que sucede es que no me está funcionando bien la conexión del Internet. Es más, no me está funcionando —rectificó riendo—. Estas condenadas lluvias están afectando severamente a la ciudad. De hecho, para eso voy a ir mañana. Me encargaron resolver este problema severo de inundaciones y yo creo que eso va a pasar con rediseñar todo el alcantarillado o ya veré qué más se puede hacer. Hace mucho que no experimentábamos lluvias tan largas y tan seguidas como éstas.

—Seguidas sí, pero no tan prolongadas.

—A eso me refiero, como no podemos evitar que llueva tendremos que evitar inundarnos por otros medios.



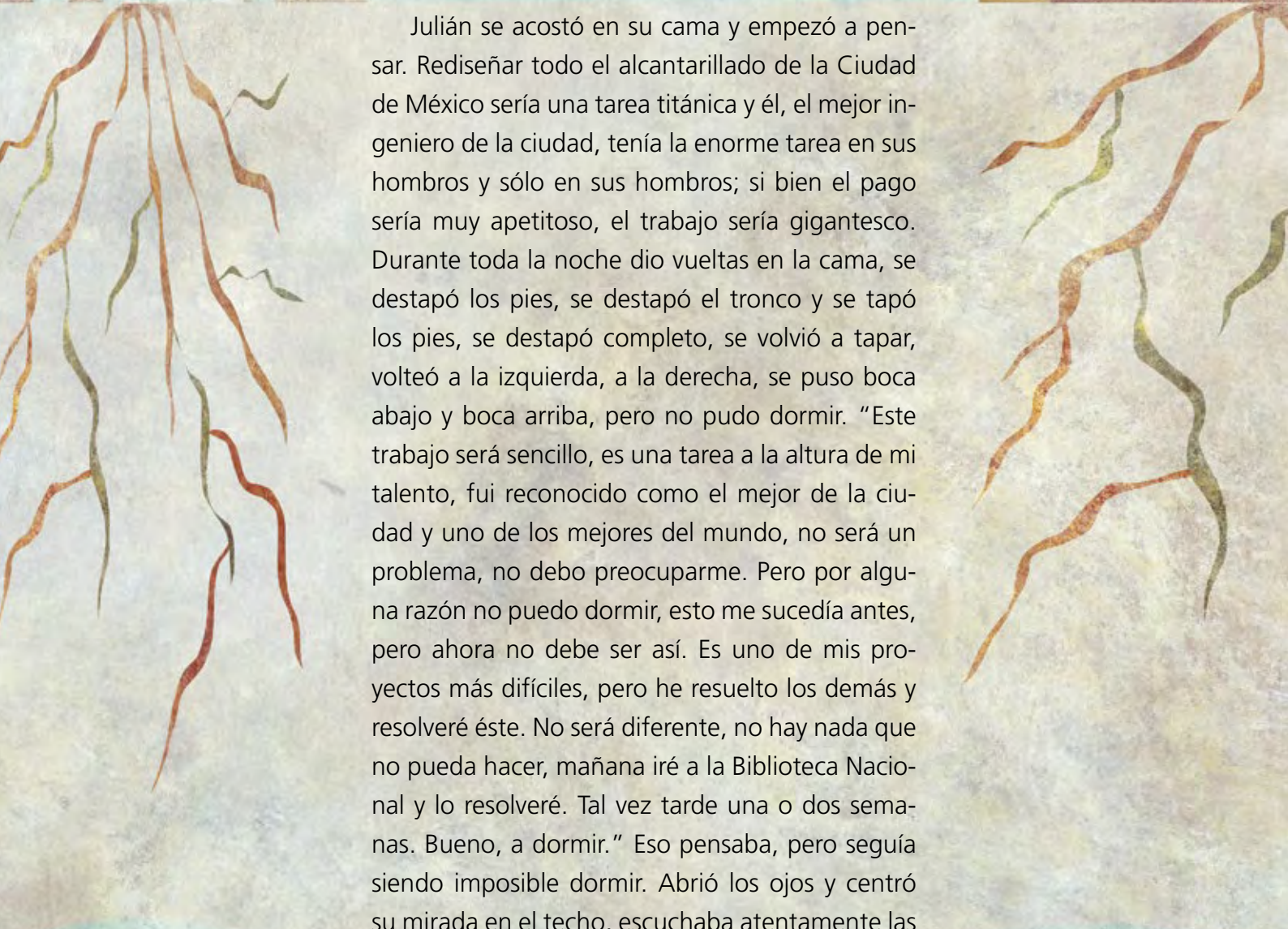
—De acuerdo, mi estimado Julián, pues mañana te tengo listos tus materiales a las ocho de la mañana.

—Gracias, Marcos.

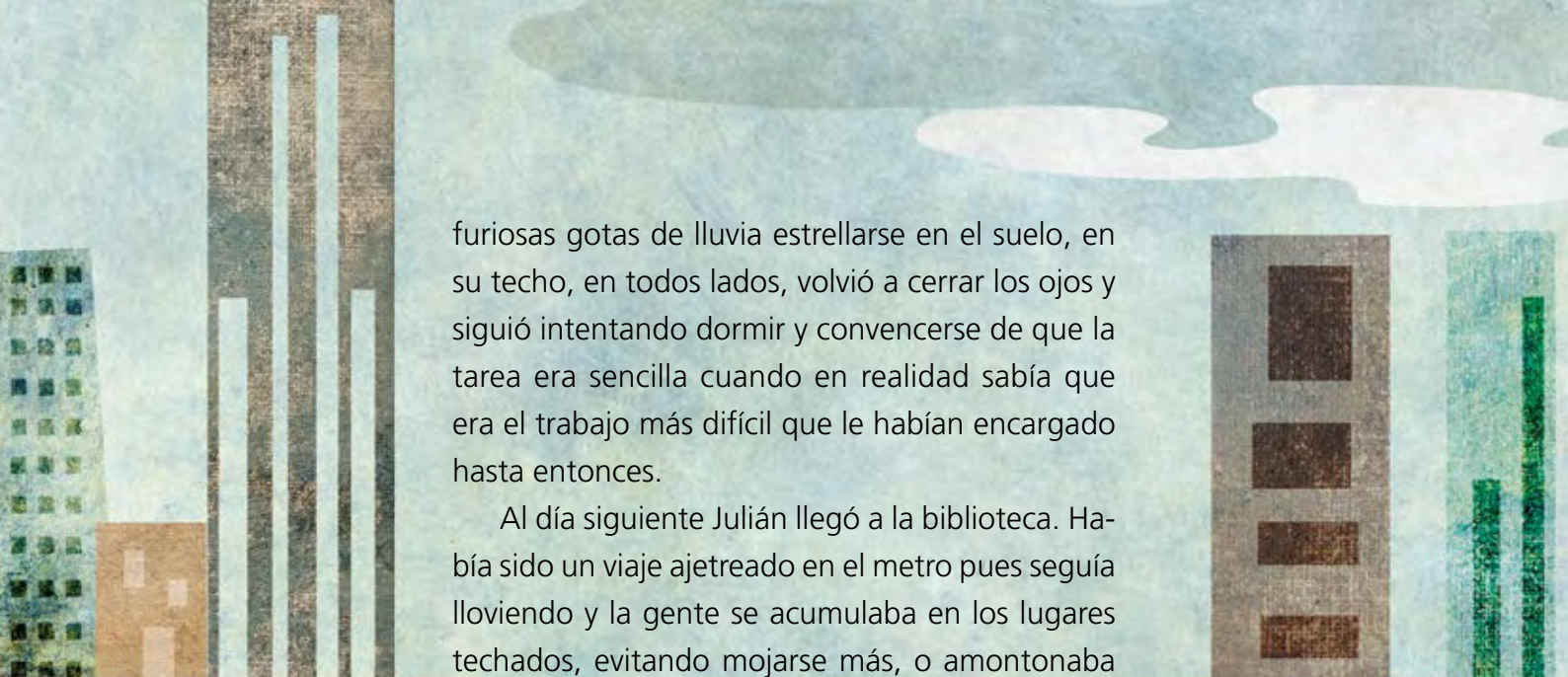
—No, ¿de qué? Sólo no se te olvide llevar las papeletas de solicitud de libros ya llenas para que te puedas poner a revisar todo rápido.

—Claro, hasta mañana —se despidió el ingeniero.

—Hasta mañana.



Julián se acostó en su cama y empezó a pensar. Rediseñar todo el alcantarillado de la Ciudad de México sería una tarea titánica y él, el mejor ingeniero de la ciudad, tenía la enorme tarea en sus hombros y sólo en sus hombros; si bien el pago sería muy apetitoso, el trabajo sería gigantesco. Durante toda la noche dio vueltas en la cama, se destapó los pies, se destapó el tronco y se tapó los pies, se destapó completo, se volvió a tapar, volteó a la izquierda, a la derecha, se puso boca abajo y boca arriba, pero no pudo dormir. “Este trabajo será sencillo, es una tarea a la altura de mi talento, fui reconocido como el mejor de la ciudad y uno de los mejores del mundo, no será un problema, no debo preocuparme. Pero por alguna razón no puedo dormir, esto me sucedía antes, pero ahora no debe ser así. Es uno de mis proyectos más difíciles, pero he resuelto los demás y resolveré éste. No será diferente, no hay nada que no pueda hacer, mañana iré a la Biblioteca Nacional y lo resolveré. Tal vez tarde una o dos semanas. Bueno, a dormir.” Eso pensaba, pero seguía siendo imposible dormir. Abrió los ojos y centró su mirada en el techo, escuchaba atentamente las



furiosas gotas de lluvia estrellarse en el suelo, en su techo, en todos lados, volvió a cerrar los ojos y siguió intentando dormir y convencerse de que la tarea era sencilla cuando en realidad sabía que era el trabajo más difícil que le habían encargado hasta entonces.

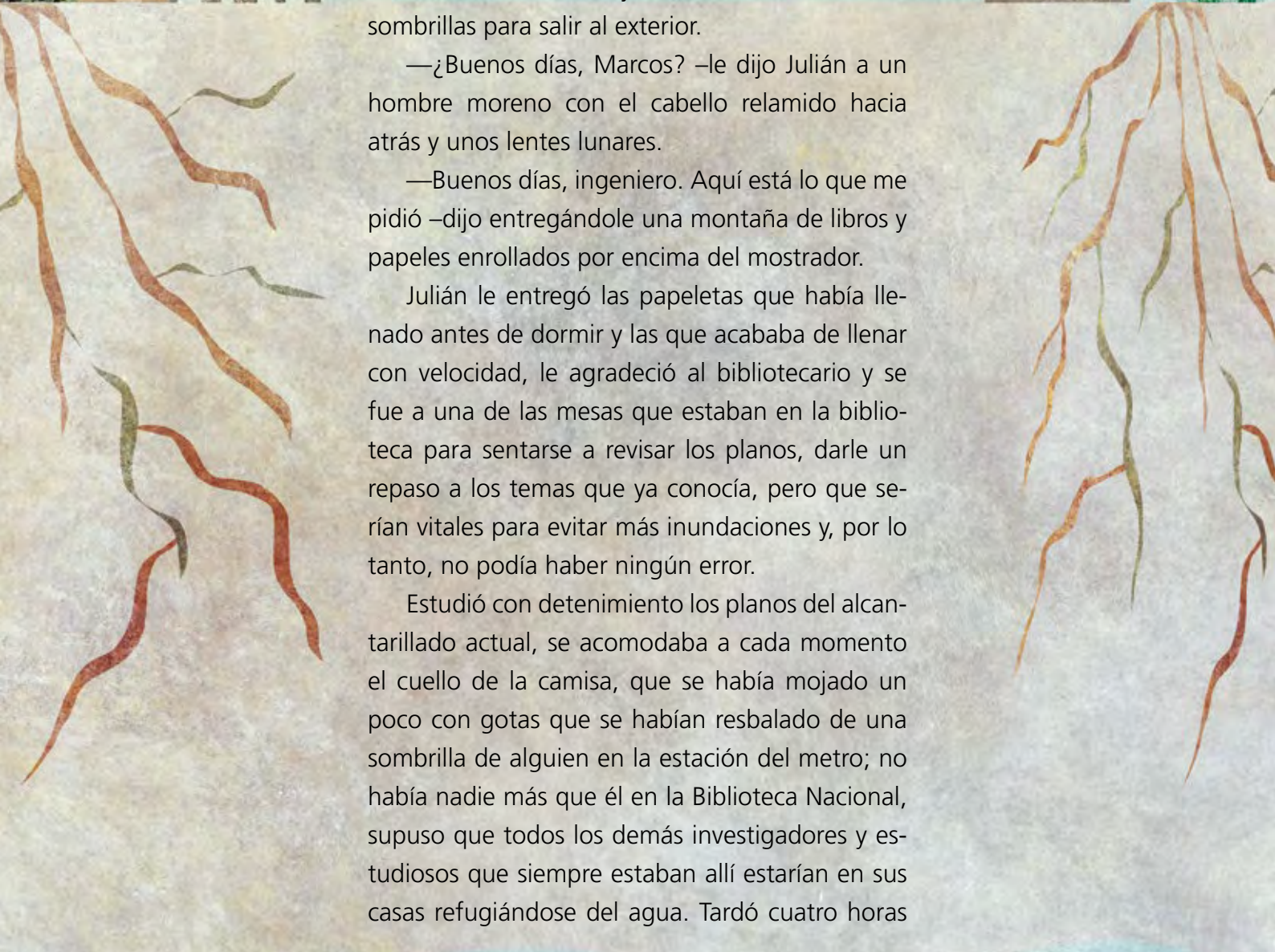
Al día siguiente Julián llegó a la biblioteca. Había sido un viaje ajetreado en el metro pues seguía lloviendo y la gente se acumulaba en los lugares techados, evitando mojarse más, o amontonaba sombrillas para salir al exterior.

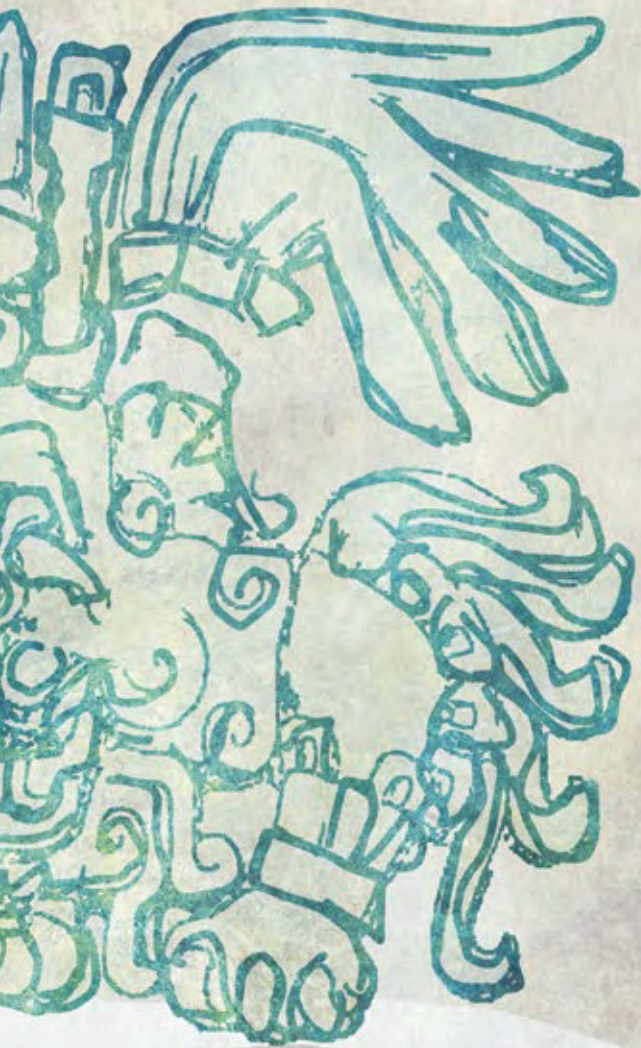
—¿Buenos días, Marcos? —le dijo Julián a un hombre moreno con el cabello relamido hacia atrás y unos lentes lunares.

—Buenos días, ingeniero. Aquí está lo que me pidió —dijo entregándole una montaña de libros y papeles enrollados por encima del mostrador.

Julián le entregó las papeletas que había llenado antes de dormir y las que acababa de llenar con velocidad, le agradeció al bibliotecario y se fue a una de las mesas que estaban en la biblioteca para sentarse a revisar los planos, darle un repaso a los temas que ya conocía, pero que serían vitales para evitar más inundaciones y, por lo tanto, no podía haber ningún error.

Estudió con detenimiento los planos del alcantarillado actual, se acomodaba a cada momento el cuello de la camisa, que se había mojado un poco con gotas que se habían resbalado de una sombrilla de alguien en la estación del metro; no había nadie más que él en la Biblioteca Nacional, supuso que todos los demás investigadores y estudiosos que siempre estaban allí estarían en sus casas refugiándose del agua. Tardó cuatro horas





revisando los planos y haciendo anotaciones en su cuaderno verde esmeralda; las dos horas siguientes leyó los capítulos de los libros que le recordaron lo que ya sabía y cuando terminó regresó los libros y los planos, y fue a comer y posteriormente a la única papelería que estaba abierta, para su sorpresa y suerte, para comprar papel heliográfico que metió en su enorme tubo portaplanos para evitar que se mojara. Seguía lloviendo; volvería a la biblioteca para empezar con los dibujos. Caminó por la banqueta muy pegado a las construcciones para mojarse lo menos posible, pero la lluvia era furiosa y el viento intenso. Evitando los gigantescos charcos que se empezaban a convertir en lagunas, pensó en su casa y en el camino de regreso; quizás las estaciones estarían inundadas; temió no poder regresar. “Tendré que volver nadando”, bromeó para sí mismo.

Cuando estaba a punto de llegar a la biblioteca y evadiendo los lugares descubiertos, observó a un hombre con el torso desnudo, la cara pintada y un penacho, moviéndose de forma extraña entre la lluvia; tocaba una flauta, el sonido era casi indistinguible debido a que era distorsionado por el agua estrellándose en el suelo. De repente, tras un parpadeo de Julián, el hombre desapareció. Julián quedó estupefacto; supuso que el hombre se había simplemente marchado, pero había sido tan rápido y tan de repente que llegó a la conclusión de que lo había imaginado. “Debo de dejar de ver tantos documentales de las culturas mesoamericanas”, pensó.

Finalmente llegó a la biblioteca, subió los diez escalones hasta llegar a la puerta y entró, se frotó

las suelas de los zapatos en una jerga que había encima de la alfombra y regresó a su lugar de estudio, donde ya no había nada. Saludó a Marcos, que estaba comiendo una ensalada que venía en su *tupper*.

—Tú vives aquí —bromeó Julián.

—Sólo me falta dormir aquí —respondió Marcos, riendo.

Julián se sentó y comenzó a trazar los nuevos planos del alcantarillado. Trabajaba inmensamente rápido, pero aun así llegó a la conclusión de que sería más tardado de lo esperado. Dos semanas había sido una expectativa infinitamente optimista, tal vez tardaría uno o dos meses; lo que era seguro era que el próximo año, a pesar de las tremendas lluvias que probablemente habría, las inundaciones serían tan sólo un mal recuerdo en cualquier parte de la ciudad. Comenzó a fantasear con diseñar el alcantarillado del resto del país, yendo estado por estado una vez que acabara con la Ciudad de México, pero inmediatamente cayó en cuenta de que tenía que concentrarse. “Del plato a la boca, se cae la sopa”, pensó y siguió trazando.

Llegaron las ocho de la noche; llevaba doce horas, descontando la comida, trazando. El avance había sido gigantesco, ya había terminado con la delegación Milpa Alta, que era de las dos más grandes; sólo faltaban catorce delegaciones. Tal vez su cálculo inicial había sido correcto y dentro de dos semanas ya podría entregarle los nuevos planos antiinundaciones al jefe de gobierno.

La biblioteca estaba a punto de cerrar, así que terminó con el trabajo y guardó sus cosas, pero



cuando se dirigía a la puerta Marcos llegó caminando y con una sonrisa temerosa.

—Creo que después de todo nos vamos a tener que quedar aquí, ingeniero —dijo—. Está inundado afuera y de plano parece que nadie va a poder salir de la biblioteca. De hecho, es un milagro que no haya entrado agua aquí, hay un mar afuera y es imposible salir de aquí.


Julián sorprendido preguntó: —¿Qué hacemos? ¿En serio nos vamos a quedar aquí?, ¿se puede?

—Pues nunca nos había sucedido algo así, pero por supuesto que así será, no porque quiera. Simplemente no podemos hacer nada más que quedarnos aquí.

—Bueno, supongo que esta noche terminaré con Tlalpan —respondió Julián, entusiasmado.

Diez personas estaban atrapadas en la biblioteca, nueve trabajadores y Julián.

La noche pasó en vela para un Julián que prefirió seguir trabajando y aprovechar la inesperada y poco común oportunidad que se le presentó de pasar la noche en la biblioteca. Los demás que estaban en la biblioteca platicaron sentados en la alfombra un rato, teniendo temor de que al día siguiente no pudieran salir tampoco, y tiempo más tarde se durmieron recostados en la felpa que amortiguaba ligeramente la escandalosa tormenta que seguía en curso. Julián no durmió, contrario a lo que él mismo habría podido pronosticar, pues cualquiera podría haberse dormido trabajando o habría suspendido la labor con el propósito de que nada saliera imperfecto a causa del cansancio mental, pero Julián era diferente. Él



prefería terminar una tarea tan exhaustiva como la que estaba desempeñando rápido, concentrado y sin perder el tiempo. Diez horas después, en las que trabajó sin cejar ni un momento, Julián había terminado con los planos de cuatro delegaciones: Milpa Alta, Tláhuac, Xochimilco y Tlalpan. Aún faltaba mucho, pero el avance había sido sustancial, y más si se tomaba en cuenta que sólo había trabajado cerca de veinticuatro horas. Las otras nueve personas que habían quedado atrapadas en la biblioteca despertaron temprano; inmediatamente Julián organizó sus planos y los guardó en su portaplanos. Todos salieron entusiasmados con la posibilidad de que ya se pudieran ir a sus respectivas casas. Estaba muy nublado y empezaba a chispear; la altura del lago artificial había disminuido considerablemente, pero aún no se podía navegar a través de él.

—Sólo con una trajinera —bromeó Julián, que a diferencia de todos los demás estaba contento con la situación. Había policías por todos lados.

—Esperemos que se solucione pronto. Si no, hay que pedirles a los policías que al menos nos traigan víveres, porque yo veo muy difícil que nos puedan sacar. Y dicen que es muy peligroso nadar, no sólo porque el agua está puerca, sino porque hay corrientes y obstáculos que podrían hacer que nos ahogemos —dijo Marcos, con cierto optimismo—. Menos mal que hay escalones. Cuatro escalones menos, y el agua se habría metido en la biblioteca.

—No hay nada que hacer más que pedir víveres y esperar —dijo Julián, fingiendo decepción, aunque estaba contento de que podría terminar

los planos más pronto de lo que esperaba, puesto que estar en la biblioteca eliminaba sus distracciones. Lo único que le preocupaba eran los alimentos y el papel heliográfico. Las distracciones de su casa ya no serían un problema. Además, probablemente también estuviera inundado por su casa, y era seguro que volvería a llover pronto.

—¡No puedo quedarme aquí, oficial! —gritó un hombre calvo con lentes de media luna—. Tengo que tomar medicina para el corazón y sólo tengo una pastilla. Tengo que regresar a mi casa hoy —señaló, preocupado.

—¡Yo tengo que alimentar a mi perro! —gritó una mujer con un chaleco azul y el cabello chino.

El policía llegó remando sobre una pequeña lancha: —Casi toda la ciudad se encuentra así, amigos —dijo decepcionado—. Los que tengan que irse forzosamente pueden ser conducidos hasta sus hogares por nosotros, pero si puede evitarse sería más sencillo solucionar los problemas de inundaciones.

Cuatro de los diez presentes asintieron y uno por uno se fueron en la lancha del policía durante el resto del día. Los que se quedaron recibieron un par de bolsas con víveres y el papel heliográfico que Julián le pidió al oficial que al principio, alegando que no era servicio a las habitaciones, sino que se trataba de un verdadero problema, se negó; pero finalmente accedió cuando Julián le explicó que estaba diseñando el nuevo alcantarillado de la ciudad, y que si terminaba pronto los problemas se extinguirían en menos tiempo del que se imaginaba.

—Está bien, ingeniero —dijo el policía, complacido e ilusionado por un futuro mejor sin los

problemas que en esos momentos tanto habían perjudicado a la ciudad y a sus habitantes—. Esperemos que ya no vuelva a suceder, porque ahora sí se pasó Tláloc —bromeó—. Algunos postes se cayeron y hay zonas enteras donde no hay luz —dijo, fatigado.

Julián rio complacido por la broma de Tláloc pues le apasionaban las culturas mesoamericanas, y por la manera tan inusual y poco deseable en que la suerte le sonreía.

El resto del día el insomne y sorprendentemente nada fatigado Julián continuó el trabajo. Las cinco personas atrapadas restantes quedaron sorprendidas por su dedicación, estoicismo y resistencia, como si tuviera energía infinita ante su falta de descanso y sueño pues, aunque ese día sí durmió, fue ya tarde. Mientras Julián continuaba trabajando y haciendo pausas sólo para comer e ir al baño, los demás, entre ellos Marcos, leían, pues tenían un mundo de conocimiento en sus manos.

Pasaron dos días en los que la lluvia no cesó, pero cuya intensidad disminuyó considerablemente y los lagos artificiales no sólo no aumentaban sino que decrecían poco a poco.

—¿Sabes?, estuve leyendo un par de libros para tratar de entender la inusual actividad lluviosa, parece que sólo hay una explicación lógica —dijo Marcos.

—¿Cuál? —preguntó Julián, interesado.

—Los expertos dicen que sólo hay una explicación a comportamientos ambientales tan agresivos e inusuales como el que estamos padeciendo en la ciudad. Era algo obvio, pero aun así no lo había pensado; apuesto a que tú tampoco.

—¿Acaso es Tláloc? —bromeó Julián—. Vamos, dímelo, Marcos.

—No —rió—. La contaminación, el calentamiento global artificial y la actividad del hombre en la Tierra afectan más de lo que podríamos imaginar, hemos desestabilizado al planeta, y cuando el equilibrio se pierde las crisis aparecen; ésta es una.

—Bueno, ya sabíamos que estamos en una crisis ambiental severa, no sólo en la ciudad sino en todo el mundo, si esa es la inesperada explicación que investigaste por horas creo que no estoy tan sorprendido.

—Bueno, señor ingeniero, la naturaleza es impresionante, ya es cosa de usted que necesite una historia descabellada para creer en lo extraordinario que es lo real.

—Dices aterrador, ¿no?

—Bueno, lo que está sucediendo no es extraordinario, pero la forma en que la naturaleza se defiende sí, es perfecta. Es realmente un milagro la existencia de la Tierra y de la vida que se ha creado en ella.

—Bueno, es importante dejar de ofenderla.

—Arreglar el alcantarillado no será suficiente para evitar la furia de la madre naturaleza —dijo Marcos.


—Bueno, ya casi terminé, sólo me falta la Gustavo A. Madero.

—Felicidades, pero avísale a las autoridades que te contrataron que no basta con eso, hay que dejar de enfurecer a la Tierra.

—Hablas de ella como si pensara.

—Está viva, amigo; tal vez no se enoje, pero sí se defiende.




A stylized illustration of a house with a brown roof, a green textured wall, and a dark green door. There are two white window frames on the left. A large, bright yellow sun is in the upper left corner. The background is a light, textured grey.

—Tal vez lo haga –sentenció el ingeniero y regresó a su trabajo.

Dos días después todos estaban fuera de la biblioteca y la lluvia había parado, pero el año siguiente sería mucho más terrible.

Pasó un año desde las inundaciones sin precedentes. Julián había entregado los planos y había advertido que la Tierra se comportaba de manera agresiva debido a que los humanos no la respetábamos y la destruíamos sin tomar en cuenta que nos destruíamos a nosotros mismos con ella. Pero sus recomendaciones no fueron tomadas en cuenta, lo único que se hizo con la esperanza de que nada más sucediera fue construir el nuevo alcantarillado y así se hizo.

Era de noche y las gotas se estrellaban en el parabrisas de Julián, que maldecía; llegaría tarde a cenar con su esposa, Lluvia. De repente el auto se sacudió de una manera estrepitosa y, a pesar de que Julián presionaba el acelerador con su pie lo más fuerte que podía, el auto ya no avanzaba; el motor se escuchaba ejercitándose, haciendo su mayor esfuerzo, pero había quedado atascado. Julián descendió del vehículo y comprobó que sus llantas se habían hundido en un hoyo lleno de fango. A continuación intentó sacar las llantas con una palanca y, tras haber fracasado en su intento, lo reintentó arrancando y usando el gato, pero cada vez que hacía algo para desatascarse la llantas se sumían más; la obscuridad de la noche y el ruido de la lluvia no lo dejaban concentrarse. Desesperado comenzó a gritar para que alguien lo ayudara. Ya no había habido inundaciones, pero llevaba tres días lloviendo sin parar; nunca había




sucedido eso, ni siquiera había disminuido la intensidad. En parte eso alegraba a Julián porque demostraba que su alcantarillado funcionaba.

En busca de ayuda escuchó a lo lejos una música peculiar que muy probablemente venía de un instrumento de aliento; buscó por la obscuridad, no parecía haber nadie hasta que vislumbró a lo lejos, a un lado del faro de luz que estaba a treinta metros, a una figura fornida cubierta por una especie de plumaje y un penacho.

—Hola, amigo. Me quedé atascado, ¿me podría ayudar? —gritó Julián, desconcertado y temeroso por lo inusual de la apariencia de aquel hombre.

Y entonces pensó en el que había visto cerca de la biblioteca un año antes; ahora sabía que no era una alucinación. La figura se desvaneció dejando humo tras de ella.

Julián se quedó perplejo e inmóvil, la música seguía sonando. Entonces, temeroso se acercó al lugar donde aquella sombra había estado, había pisadas azules marcadas en los pequeños charcos de agua. Julián las siguió dejando tras de sí y con la alarma puesta su auto; caminó poco menos de un kilómetro, las vívidas huellas se dirigían al bosque, los árboles altos cubrían la luz de la luna, la oscuridad casi engullía todo, a excepción de las huellas que brillaban dirigiendo a Julián que, invadido por una extraordinaria valentía y despreocupación, avanzaba ya sin pensar ni en su auto ni en la cena. De pronto, súbitamente las huellas se extinguieron, igual que aquella sombra. Julián atemorizado buscó a su alrededor pues todo era oscuridad; pensó que



nunca podría regresar por donde había venido cuando vio a lo lejos una luz roja; parecía una fogata. Caminó pisando delicadamente y en silencio pues el silencio que había experimentado durante los diez minutos anteriores fue roto por la ahora nítida música, maracas, tambores y flautas que resonaban por el bosque. Julián se acercó en silencio cuando observó a diez hombres bailando con plumas, hombreras, penachos, los torsos morenos y los pies desnudos, con la cara pintada de blanco y tocando los instrumentos que producían la música, alrededor de una enorme fogata con troncos tan gruesos como el espacio entre el centro de la Tierra y el espacio.

Julián recapacitó y cayó en cuenta de que aquella era la danza de la lluvia, entonces sintió una enorme y fuerte mano en su hombro. Sólo sintió el enorme golpe y miró cómo el mundo daba vueltas; se levantó envuelto en tierra junto a la fogata y levantó las manos en señal de rendición.

La música dejó de sonar y todos los hombres lo miraron inmóviles.

—¿Quién eres tú? —preguntó con voz ronca uno de los hombres.

—Soy Julián. Seguí a uno de los suyos, porque se desvaneció, me dejó un rastro de huellas brillantes azules.

—¡Tláloc! —gritaron todos al unísono y se arrodillaron en la tierra.

Julián siguió inmóvil sin entender nada de lo que allí sucedía.

—No entiendo. ¿Están adorando a Tláloc y creen que se me apareció? —dijo Julián, extrañado.

—Él te trajo aquí por algo, tienes una misión.



—¿Querrá darnos un mensaje? —dijo otro de los hombres.

—Dinos lo que sepas, hombrecillo —dijo otro.

—Oigan, yo no sé nada. Yo sólo navegaba entre los charcos en mi carro y me atasqué, y en medio de la lluvia vi al hombre de las huellas azules.

—¿Lluvia? Eso es imposible —respondió el hombre de la voz más ronca—. No ha llovido en décadas. Si así fuera, no danzaríamos la danza de la lluvia.

—Me temo, caballeros, que en estos tres últimos días ha llovido más que en el resto del año —dijo Julián, desconcertado—. Tal vez no lo han notado porque danzan en un bosque cuyos árboles son tan altos que cubren al sol Huitzilopochtli y a la luna Coyolxauhqui.

Los hombres miraron con desconfianza a Julián hasta que el silencio se vio interrumpido por un trueno.

—¡Es Tláloc! ¡Eso es lo que quería decirnos! ¡Ése es el mensaje! —gritó uno de los hombres—. ¡Nos pide que dejemos de danzar!

—¡Eso es! —gritó otro.

Entonces Julián cayó en el suelo y mirando las copas de los árboles que cubrían el cielo entero apareció acostado entre las nubes que se sentían tan suaves como almohadas. Se levantó y miró a un hombre alto, moreno, vestido igual que los bailarines, pero con prendas infinitamente más brillantes y un rostro de jade. Todo lo demás había desaparecido.

El hombre permaneció inmóvil, pero el cielo entero se hundió en un ruido ensordecedor como un rayo. Era la voz del dios de la lluvia.

—Has cumplido la encomienda, hijo mío. Ahora, ante la muerte de la música y la purificación del aire y las nubes, podré dormir tranquilo.

—No entiendo —dijo Julián, mirando encantado al dios.

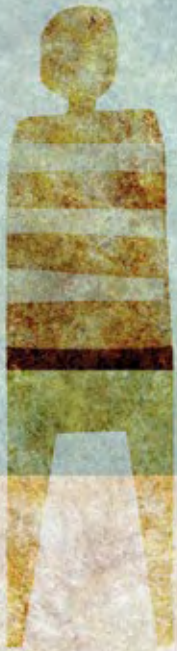
—Soy el dios de la lluvia, Tláloc. Hasta ahora era necesario que tus hermanos danzaran porque tanto esmog y gases grises y tóxicos me quitaban el sueño, por eso les mandé una señal para que fueran al bosque y danzaran para que pudiera hacer que lloviera por mucho tiempo y así pudiera purificar el aire. Pero ahora que el aire se ha purificado podré dormir tranquilo. Tú les has dado el mensaje que quería y te lo agradezco. Cuando la música suena yo bailo, y cuando no hay música no bailo. Por eso la lluvia tan intensa que ha habido —el sonido tan intenso de la voz del dios, que venía de todos lados, le provocaba temor y jaqueca a Julián, que parpadeó un momento y miró el pasto que estaba a su alrededor. Había regresado a la Tierra.


Sorprendido miró a un lado y al otro y luego al sol. No estaba seguro de lo que había sucedido, pero se levantó y escuchó los gritos de un hombre a lo lejos.

—¿Qué haces, amigo?, ¿acaso no sabes que hay que respetar?

Entonces Julián se dio cuenta de que estaba en un panteón. El anciano llegó corriendo rápidamente y dijo: —Te voy a pedir que te retires o que dejes de acostarte a dormir a un lado de las lápidas. Qué falta de respeto. —Y se fue.

Julián salió sin entender bien lo que había sucedido y, sorprendido, entró a su carro, que en-





contró estacionado afuera del cementerio sobre la calle empedrada. Allí no había ni charcos ni hoyos llenos de fango.

Regresó a su casa y se disculpó con su esposa, Lluvia, y le contó todo. Ella, sin dudar un instante de su esposo, le contestó: —Amor, ese bosque no existe. Por donde tú estabas no hay ningún bosque y no hay en la ciudad ninguno cuyos árboles sean tan altos que cubran el cielo. Sin embargo, en el cementerio en el que amaneciste están los restos de los once hijos de Tláloc.

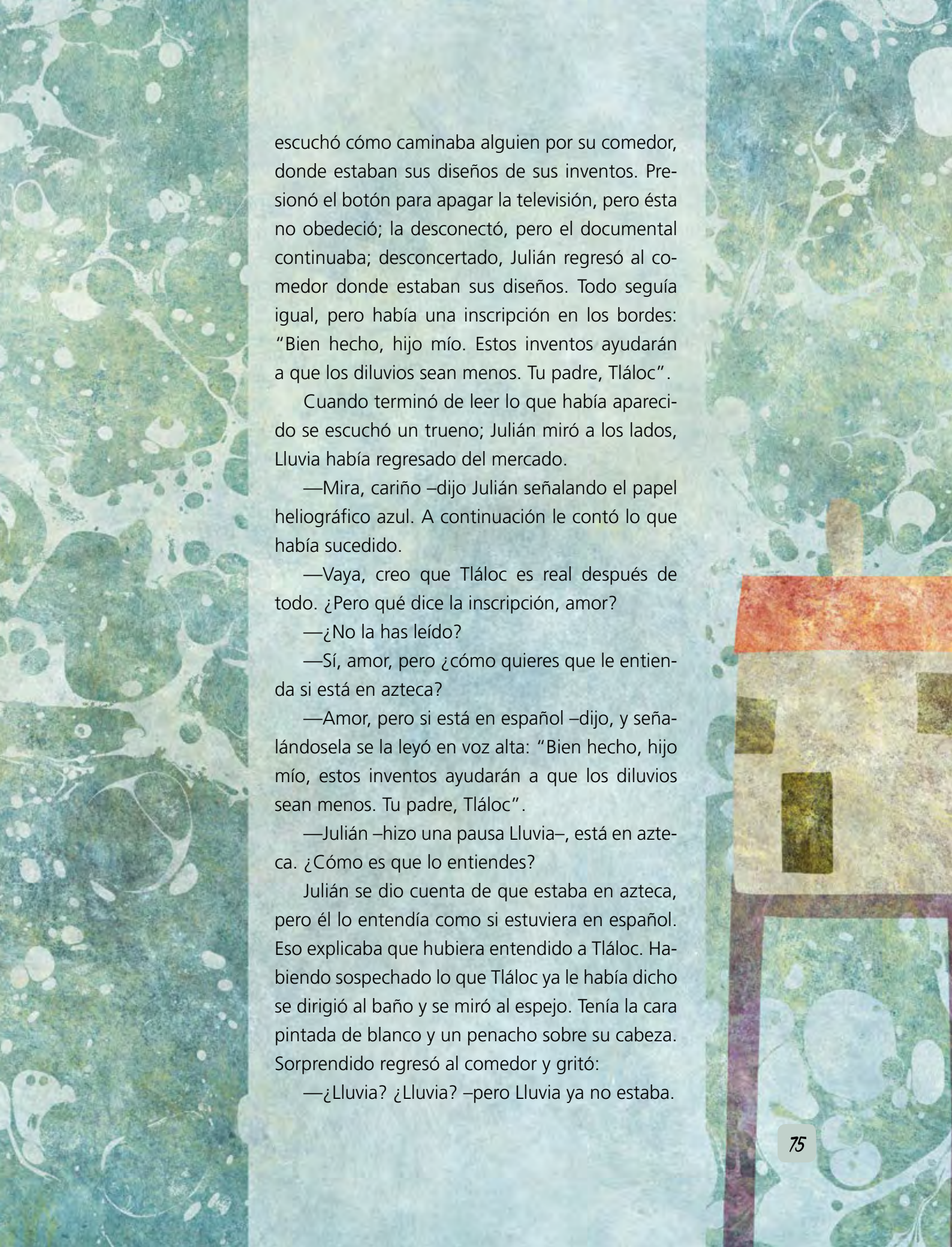
—¿Qué? Los hijos de Tláloc son las nubes.

—Sí, pero los once sacerdotes aztecas que eran conocidos como los hijos de Tláloc están enterrados allí desde hace seiscientos años. Pensé que lo sabrías después de tanto documental que ves.

—Lo único que sé es que o estoy loco o Tláloc existe.

—Pues hoy el cielo está despejado —dijo Lluvia.

Pasaron un par de días sin que lloviera. Julián vivía pensando en lo que le había sucedido, tratando de averiguar si lo había alucinado o había sido real. Nada parecía tener sentido, pero supo la verdad un día que estaba solo en su casa, diseñando uno de sus inventos para purificar aire y agua, cuando escuchó un tronido. Caminó lentamente y entró a su habitación; la televisión se había encendido y estaba transmitiendo un documental sobre los hijos de Tláloc, que según la leyenda habían sido enviados en forma de humanos para danzar cuando Tláloc quisiera que hubiera diluvios, y para dejar de hacerlo cuando el dios estuviera cansado y deseoso de dormir. Julián se quedó estupefacto mirando la televisión cuando



escuchó cómo caminaba alguien por su comedor, donde estaban sus diseños de sus inventos. Presionó el botón para apagar la televisión, pero ésta no obedeció; la desconectó, pero el documental continuaba; desconcertado, Julián regresó al comedor donde estaban sus diseños. Todo seguía igual, pero había una inscripción en los bordes: “Bien hecho, hijo mío. Estos inventos ayudarán a que los diluvios sean menos. Tu padre, Tláloc”.

Cuando terminó de leer lo que había aparecido se escuchó un trueno; Julián miró a los lados, Lluvia había regresado del mercado.

—Mira, cariño —dijo Julián señalando el papel heliográfico azul. A continuación le contó lo que había sucedido.

—Vaya, creo que Tláloc es real después de todo. ¿Pero qué dice la inscripción, amor?

—¿No la has leído?

—Sí, amor, pero ¿cómo quieres que le entienda si está en azteca?

—Amor, pero si está en español —dijo, y señalándosela se la leyó en voz alta: “Bien hecho, hijo mío, estos inventos ayudarán a que los diluvios sean menos. Tu padre, Tláloc”.

—Julián —hizo una pausa Lluvia—, está en azteca. ¿Cómo es que lo entiendes?

Julián se dio cuenta de que estaba en azteca, pero él lo entendía como si estuviera en español. Eso explicaba que hubiera entendido a Tláloc. Habiendo sospechado lo que Tláloc ya le había dicho se dirigió al baño y se miró al espejo. Tenía la cara pintada de blanco y un penacho sobre su cabeza. Sorprendido regresó al comedor y gritó:

—¿Lluvia? ¿Lluvia? —pero Lluvia ya no estaba.

Se volvió a mirar al espejo. Entonces recordó que eran once los hijos de Tláloc y él sólo había visto a diez danzar. Miró su enorme y brillante penacho y dentro de su cabeza resonaron sólo las palabras como trueno de Tláloc:

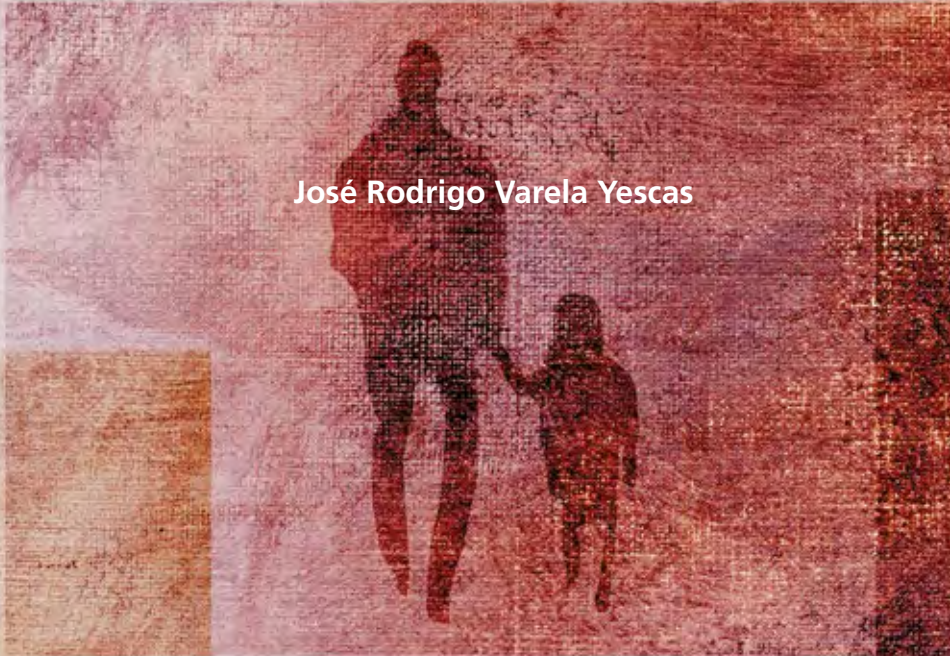
—BIEN HECHO, HIJO MÍO. BIEN HECHO, HIJO MÍO. BIEN HECHO, HIJO MÍO. BIEN HECHO, HIJO MÍO. BIEN HECHO, HIJO MÍO. BIEN HECHO, HIJO MÍO.



Tercera categoría
Segundo lugar

En la lluvia

José Rodrigo Varela Yescas







I

Tarde lluviosa.

¿Qué tarde de verano no es lluviosa en la ciudad?

Otros tienen playa, bebidas exóticas... vacaciones. Y, ¿qué tenía Iván? Los oídos inundados por el ruido de los autos en las calles, los pitidos en las esquinas y las mentadas de los taxistas.

“Qué bonita ciudad.”

Caminaba por una calle, rumbo al sur de la ciudad. Los pies le pesaban, la espalda le dolía y sus ojos... también. Había sido un día muy largo para él, quizá el más largo de su vida. Pero no. No eran los minutos los que pasaban muy rápido ante él, sino él mismo quien los hacía detenerse, los hacía valer como nunca antes había hecho. Quizá era porque no quería que el irremediable paso del tiempo llevara a que su reloj de pulsera marcara las siete.

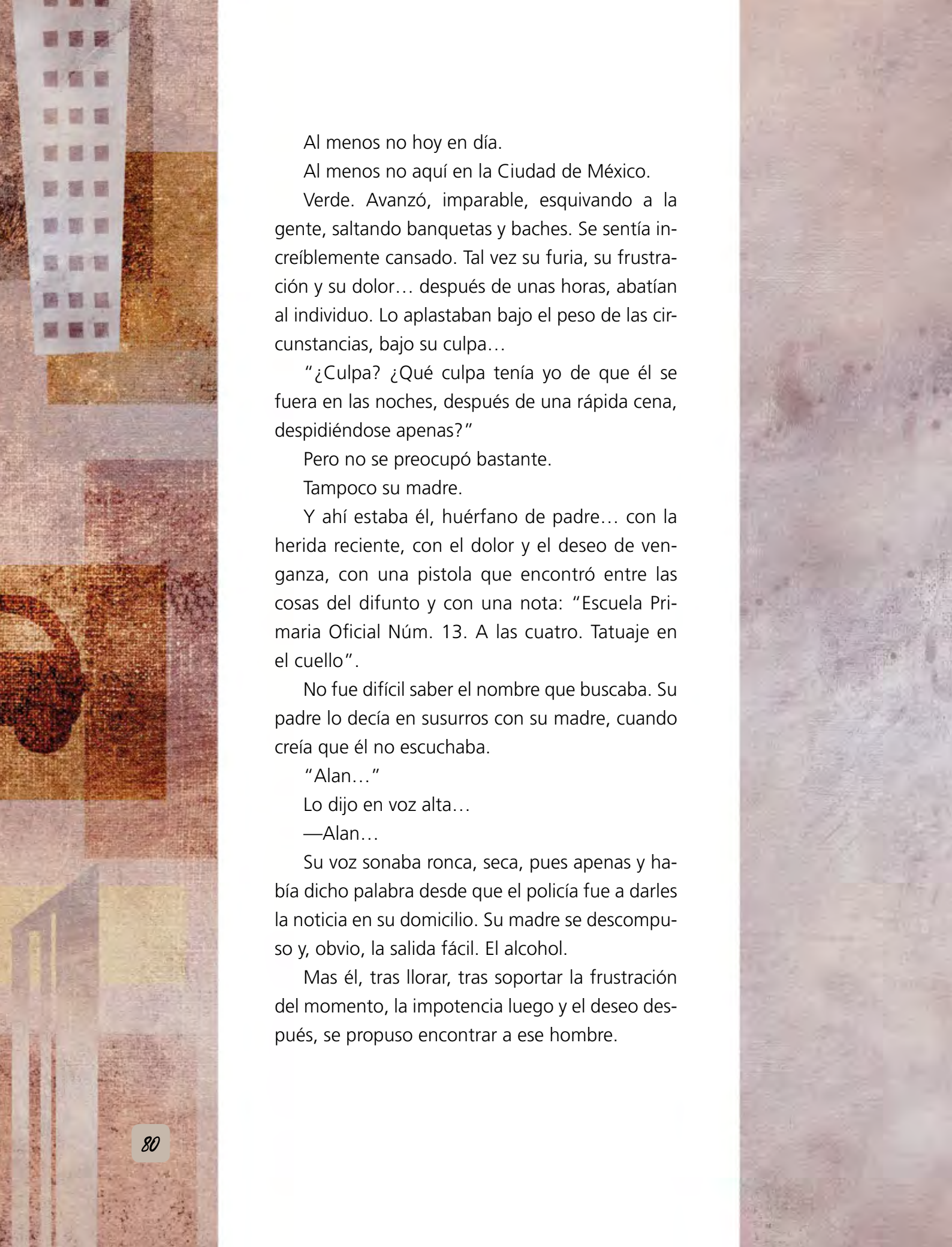
Se detuvo en una esquina para esperar el verde para los peatones.

“Wow... mira: todavía tienes modales.”

Iván, tras considerarlo un momento, decidió dar por hecho que debía sorprenderse de que aún tuviera modales. En un lugar como en el que él vivía, como en el que él creció, las hierbas que crecían rectas y verdes eran raras. Y cuando eran, no pasaba mucho para que la hierba mala las cubriera.

“Pero... vamos, todos tratan de sobrevivir, todos tratan de tener algo en la boca al final del día.”

Mas Iván, a lo largo de sus trece años, sabía muy bien que las personas no se matan entre sí sólo por un trozo de pan.



Al menos no hoy en día.

Al menos no aquí en la Ciudad de México.

Verde. Avanzó, imparable, esquivando a la gente, saltando banquetas y baches. Se sentía increíblemente cansado. Tal vez su furia, su frustración y su dolor... después de unas horas, abatían al individuo. Lo aplastaban bajo el peso de las circunstancias, bajo su culpa...

“¿Culpa? ¿Qué culpa tenía yo de que él se fuera en las noches, después de una rápida cena, despidiéndose apenas?”

Pero no se preocupó bastante.

Tampoco su madre.

Y ahí estaba él, huérfano de padre... con la herida reciente, con el dolor y el deseo de venganza, con una pistola que encontró entre las cosas del difunto y con una nota: “Escuela Primaria Oficial Núm. 13. A las cuatro. Tatuaje en el cuello”.

No fue difícil saber el nombre que buscaba. Su padre lo decía en susurros con su madre, cuando creía que él no escuchaba.

“Alan...”

Lo dijo en voz alta...

—Alan...

Su voz sonaba ronca, seca, pues apenas y había dicho palabra desde que el policía fue a darles la noticia en su domicilio. Su madre se descompuso y, obvio, la salida fácil. El alcohol.

Mas él, tras llorar, tras soportar la frustración del momento, la impotencia luego y el deseo después, se propuso encontrar a ese hombre.



Y fue menos difícil encontrarlo.

Uno, en esos lugares, puede llegar a ser muy conocido y con muchos enemigos. Y algunos querían tomar su plaza.

Casi no había gente afuera, ya era tarde y, aparte, la lluvia, tan deseada y odiada en la capital.

¿Acaso a Iván le servía el estado de derecho? Porque sí, a sus trece años, sabía muy bien qué era eso. Pero no era ciego. Le tocó vivir aquí, y aquí todos sabemos lo que pasa.

Mas él no tenía esperanza. No sabía que, en algún despacho, estaba una persona suficientemente preparada y con la voluntad de ayudarlo. No sabía que no todos los uniformados que portaban un arma en el sur de la ciudad ya estaban comprados.

Y arriba sólo se preocupaban por las personas cada tres o seis años. Él sólo era un número más...

Vio en una esquina un puesto de periódicos y, en él, uno anunciaba en la página principal el número de muertos y heridos por la oleada de violencia en Tláhuac.

¿Acaso también su papá era sólo un número más?

II

Nota del autor:

¿Crees que es ficción este cuento?

Mira a tu alrededor.

III

La gente seguía llegando a la escuela; allá, tres árboles a lo lejos. Autos transitaban la calle y se estacionaban para que sus ocupantes esperaran adentro del vehículo. Otros más se apeaban, sacaban un paraguas y se acercaban hacia la entrada de la institución educativa para esperar a sus hijos.

Y ahí, a veinte metros de Iván, cruzando la calle, estaba Alan.

Su mirada cruda, el tatuaje en su cuello. Estaba acurrucado, como protegiéndose de la lluvia o del frío. O de las miradas.

“¿Cómo saberlo?”

Sus acompañantes: uno platicaba con él, y el otro, callado, sostenía la sombrilla negra.

“¿Quién había apretado el gatillo? ¿Quién dio la orden?”

“¿Quién decidió vivir esa vida?”

La mano de Iván, oculta en su bolsillo, acariciaba el gatillo, el cañón, la empuñadura.

Los ojos de Iván, rojos por el llanto, miraban fijamente ese tatuaje, y de vez en cuando escudriñaban a su alrededor.

Sí, delante de la escuela, la patrulla estacionada servía de recargadera para dos oficiales que tomaban un atole.

“Un tiro, gritos de las madres, llanto de los niños... Podría ser.”

¿Cuándo dejó Iván de ser niño?

Finalmente, ¿qué le quedaba? Una madre llorosa, alcohólica, muchas deudas heredadas, una pistola, seis balas, dolor... Y duda.

“¿Quién decidió vivir esa vida?”

Su papá.

Mas él no era su papá.

Cuando el timbre resonó atrás de las paredes de la escuela, el inmediato barullo surgió como una corriente de agua.

Los padres se adelantaron, alzando las cabezas, recibiendo las gotas de lluvia en la cara, para que sus niños los vieran rápidamente. Los vendedores gritaban aún más fuerte sus ofertas.

Entre risas, gritos, entre unos comprando atole y otros apurándose a llegar a sus hogares, Iván se decidió, para a sus cortos trece años, a matar a quien sacó a su padre del turbio negocio que tenían.

Fue en la lluvia, cuando Iván salió de su escondite, caminando lentamente hacia el culpable.

Y en cada paso, sentía los besos de su padre en la frente, las caricias de su madre, la mirada orgullosa de ambos cuando salió de la primaria.

Y en cada metro que lo separaba de aquel momento de levantar la mano, apuntar como había practicado y disparar como había pensado, una lágrima asomaba a sus ojos.

“¿Quién elige esa vida?”

Y entonces, la cruda mirada de Alan cambió.

No lo vio a él, a media calle, caminando a él.


No.

Miró a un niño, aún mayor que aquel que se proponía quitarle la vida.

Y ese niño corrió hacia él gritando...

—¡Papá!

Iván paró en seco, volteó y vio al niño llegar con su padre y abrazarlo.



Mas él ya no tenía padre.

Sólo era él y su venganza.

Pero si consumaba su venganza, nunca más vería alguna sonrisa orgullosa de su madre.

Sacó la pistola, y sintió su peso.

Apuntó.

Y enfrente, Alan, el traficante, hincado abrazando a su propio hijo, protegiéndolo del agua que caía del cielo negro del Distrito Federal...

En un instante apenas, Alan volteó, aún con los brazos rodeando al pequeño, y vio a Iván.

Sus ojos se cruzaron.

Una pistola se interponía entre ellos.

Y en la lluvia, Iván, en la mirada del delincuente aprendió que la maldad también puede amar.

Y que él, con sus cortos trece años, podía hacer más que vengarse.

Regresaría con su madre, y lucharía, lucharía porque ningún padre tuviera que entrar en ese oscuro mundo sólo para poder alimentar a su familia.

Y lo lograría, porque en esa caótica ciudad algún policía incorruptible quedaba, porque algún ciudadano honesto, algún buen maestro, también podían lograrlo.

Porque había fe.

Y en la lluvia, bajó el arma.



A veces, necesitamos bajar el arma, tener fe y trabajar por una mejor sociedad...

Y no creo que sólo sea el deseo de un niño pequeño.



Cuentos de jóvenes para jóvenes. Cuentos ganadores del 11º Concurso Infantil y Juvenil de Cuento se terminó de imprimir el 30 de noviembre de 2017 en Litografía y Empaques Solís, S.A. de C.V., Calle Simón Rojas Mz. 1799 No. L20, Colonia Ampliación Emiliano Zapata, Ixtapaluca, Estado de México. El tiro consta de 1 000 ejemplares impresos en papel bond de 90 gramos y forros en cartulina cuché mate de 250 gramos. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Susana Garaiz, analista correctora de estilo. Se utilizaron las fuentes tipográficas Bloopak, King, Pieces of Eight y Frutiger.

Esta obra se difunde en formato pdf en la Biblioteca Electrónica del Instituto Electoral de la Ciudad de México desde el 12 de junio de 2018.

